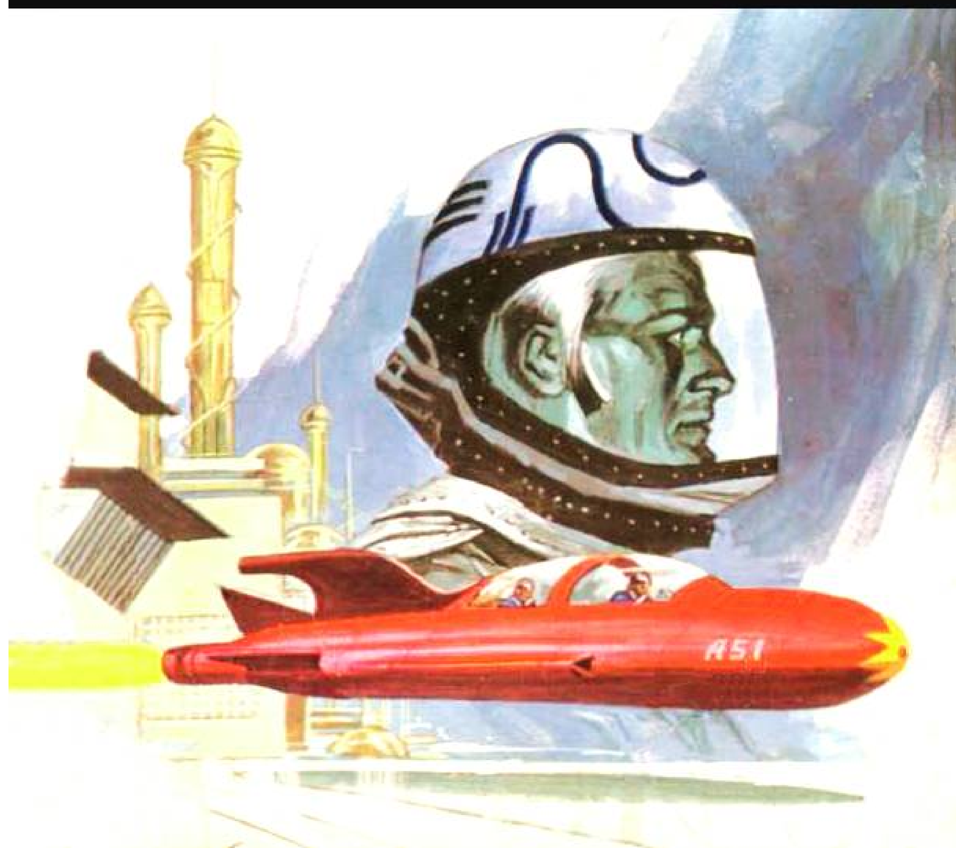
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EJERCITO SECRETO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

116 - Los hibernados - *Adam Surray*
117 - El buscador de energía - *Glenn Parrish*
118 - Decisión y audacia - *J. Chandley*
119 - Octopus - *Curtis Garland*
120 - El monolito - *Marcus Sidéreo*

GLENN PARRISH

EJÉRCITO SECRETO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 121
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 43.611 – 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1972

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre corría que se las pelaba, frase con la que se quiere indicar la velocidad a la que se movían sus piernas. En sí, no resultaba demasiado extraño que corriese, sino el aspecto que ofrecía.

Una pareja de paseantes, un matrimonio ya de media edad, se cruzaron con el corredor.

La mujer se escandalizó:

—¡Qué vergüenza! Nunca se había visto una cosa

semejante. Pero, ¿qué hacen las patrullas de policía cuando permiten espectáculos tan inmorales?

El esposo sonrió comprensivamente. No dijo nada, pero, en su fuero interno pensó en el marido burlado que había obligado a escapar a aquel joven como nació, aunque, por fortuna, habiéndole dado tiempo para llevarse las ropas bajo el brazo.

Jack Riván no oyó el anterior comentario. Toda su atención estaba centrada en escapar de sus perseguidores.

De pronto oyó sus voces:

—¡Por allí va!

—¡Aprisa, aprisa!

—Hemos de darle alcance, maldito canalla...

Riván pensó que los otros corrían más que él, sin duda porque la cólera era un poderoso estímulo para los músculos de sus piernas. Recordando que había visto una escopeta en manos de uno de sus perseguidores, aceleró el paso todavía más, a la vez que buscaba algún lugar donde refugiarse mientras pasaba el chubasco que, si ahora era sólo de voces, amenazaba convertirse en vendaval de antiguos pero todavía eficaces perdigones.

De repente, vio un frondoso jardín a su alcance. Sin pensárselo dos veces, saltó la pequeña valla que lo enmarcaba y corrió agachado en busca de algún macizo que le permitiese ocultarse y despistar así a sus perseguidores.

Había una casa en el jardín, en la que se veían algunas ventanas encendidas. Riván se acercó cautelosamente al edificio, pareciéndole que las voces

de sus perseguidores se distanciaban, cosa que le satisfizo y calmó considerablemente.

En la oscuridad se acercó a una de las ventanas y desde allí contempló lo que parecía un fantástico laboratorio de física. Había gran cantidad de aparatos de todas clases, algunos de gran tamaño, pero todos ellos, o la mayoría al menos, le resultaban desconocidos.

El espectáculo le fascinó hasta hacerle olvidar sus problemas. De repente, cuando más entretenido se hallaba contemplando el interior del laboratorio, oyó a su izquierda una voz amenazadora:

—Será mejor que levante las manos o le pegaré un tiro.

* * *

Riván obedeció en el acto. La intimación le había asustado, pero, en cierto modo, no sentía demasiado miedo. Aquella voz no correspondía a ninguno de sus furiosos perseguidores.

La luz de una poderosa linterna cayó sobre su cara y pecho. El hombre dijo:

—Vuélvase.

Riván lo hizo así. La luz de la lámpara le deslumbró, obligándole a parpadear varias veces.

De pronto, sonó una exclamación:

—¡Mil diablos! ¡Pero si es...!

Y a continuación, Riván oyó una atronadora carcajada.

—Tiene gracia, pero que muchísima gracia... —reía

el hombre que le había amenazado momentos antes—. Oh, esto es para desternillarse de risa... ¿Qué dirían algunos si pudieran ver al notable ingeniero físico Jack Riván vestido como nuestro primer padre Adán?

—Oiga, ¿es que me conoce usted? —preguntó Riván, desconcertado por la estruendosa hilaridad del desconocido.

—¡Pues claro que te conozco! ¡Y tú también me conoces a mí, Jack! ¿O ya no te acuerdas de tu profesor, Edmund Warnoz?

—¡Rayos! —juró el joven—. ¿Usted... vive aquí?

—Así es, muchacho. Pero, dime, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás desnudo? ¿De qué alcoba conyugal has tenido que salir disparado?

Riván emitió un gruñido de malhumor. La hilaridad de Warnoz le sacaba de quicio.

—No estaba casada, pero su padre y sus hermanos querían llenarme el cuerpo de perdigones, si no me casaba con ella. Y como vi que se trataba de una trampa que me habían tendido, salí corriendo, eso es todo.

—¡Hum! —dijo Warnoz—. Una familia que quiere vindicar el honor ofendido. Sicilianos, seguro.

—¡Qué sicilianos ni qué...! Lo crea usted o no, y hablen lo que hablen de la flema escandinava, son noruegos.

—¡En el siglo XXII! —suspiró Warnoz—. La verdad es que hay gente para todo, Jack. Pero vístete o pillarás una pulmonía. El sudor se te empieza a secar sobre la piel y eso no es bueno a la medianoche, ni aunque estemos llegando ya al verano.

—Sí, profesor.

—Y entra en mi casa, y nos tomaremos un café, mientras charlamos un poco de los viejos tiempos —propuso el científico con acento bonachón.

* * *

El café, muy caliente y cargado, contenía una buena dosis de un excelente brandy, lo que dejó a Riván como nuevo. Contempló al hombre que tenía ante sí, un sujeto algo miope, casi calvo, con barriga y rondando ya los cincuenta años, y no pudo contener una sonrisa.

—La verdad es que nunca me pude imaginar encontrarle a usted en semejantes circunstancias —dijo.

—Hace algún tiempo que me retiré de la cátedra para dedicarme a mis experimentos privados. Tú, por lo que veo, has dejado la ingeniería para dedicarte a la... anatomía femenina.

—¡Profesor! —se sonrojó Riván.

—Vamos, vamos, estamos entre hombres y además ya tenías esa fama en tus tiempos de estudiante. Y si no, recuerda a la doctora Brucker, que acabó en una clínica psiquiátrica por tu culpa.

—Usted exagera, profesor. La doctora Brucker tenía algo que me obligaba a respetarla muchísimo.

—No me digas. Tú no has respetado nunca a las mujeres, Jack. ¿Qué tenía la doctora?

—¡Canas!

Warnoz soltó una atronadora carcajada, a la vez

que se golpeaba los muslos con fuerza.

—¡Qué gracioso, pero qué gracioso! —decía una y otra vez.

Riván sonrió de mala gana. Warnoz tenía tanta fama de buen científico como de chistoso y aficionado a las bromas. El joven pensó que lo mejor era desviar la conversación.

—¿Y bien, profesor? Antes ha dicho que dejó la cátedra para trabajar privadamente. ¿En qué consisten sus experimentos? Si es que se puede saber, por supuesto.

—Se puede, Jack; por lo menos, puedo decírtelo a ti que, pese a tu fama de mujeriego, sabes ser discreto cuando conviene. Trabajo en una máquina teleportadora y, además, he conseguido la UTV.

—¿UTV? —repitió Riván con cara de tonto.

—Ultratelevisión.

—Ah, ya…

—La UTV quiere decir que es posible ver lo que pasa en cualquier parte, reflejado en una pantalla, sin necesidad de fuente emisora. ¿Lo entiendes, Jack?

—¡Atiza! —dijo el joven, estupefacto—. ¿Quiere decir que con su invento no se necesitan cámaras ni estudios ni...?

—Hombre, si se quiere transmitir una obra de teatro o una competición deportiva, sí, al menos por ahora. Pero con mi receptor puedo ver lo que sucede en cualquier parte, sea en interior, sea en exterior, en la Tierra, fuera de la Tierra e incluso fuera del Sistema Solar.

La botella de brandy estaba al alcance de su mano.

Riván se tomó un buen trago.

Lo necesitaba porque conocía al profesor Warnoz lo suficiente para saber que no bromeaba. Cuando se trataba de la Física, Warnoz dejaba siempre las chanzas a un lado.

* * *

—Es decir, usted quiere ver lo que pasa ahora, por ejemplo, en las antípodas, y conecta el aparato…

Riván habló después del segundo trago de brandy. Warnoz asintió.

—Primero tengo que estudiar detenidamente las coordenadas del objeto, lugar, escena o acontecimiento que deseo captar en mi pantalla de UTV. Después he de graduar su potencia, de acuerdo con la distancia del aparato al objeto… Bueno, en síntesis, así es, Jack.

—Comprendo, profesor. Pero, ¿cómo lo ha conseguido? ¿Por qué su receptor UTV puede captar escenas que no han sido transmitidas?

—Bueno, todo cuerpo emite radiaciones luminosas, unas por sí mismo, cuando se trata de una lámpara, por ejemplo, y otras son radiaciones reflejas. En el caso de un ladrillo o de la hoja de un árbol, vemos sus colores rojo o verde. El ladrillo absorbe, de la luz, toda la gama de colores, excepto el rojo, que refleja, y es el que vemos; y lo mismo pasa con la hoja y su color verde. Pero esto es Física elemental para ti, muchacho.

—Sí, claro. Continúe, profesor —rogó Riván, muy interesado en las explicaciones de su interlocutor.

—Bien, propias o reflejadas, mi aparato capta esas emisiones luminosas y sus colores e intensidades. Los corpúsculos luminosos viajan siempre y no te digo la velocidad, porque lo sabes de sobra. Pero, además, en mi aparato de UTV he incluido un circuito de alta aceleración, que multiplica la velocidad de la luz por diez, cien o mil veces, según convenga al observador. Por tanto, si lo deseo, puedo contemplar lo que está sucediendo ahora mismo en Marte o en cualquier otro planeta habitado, sin más que conectar mi receptor, ¿Lo entiendes?

Riván se pegó una palmada en la frente.

—¡Santo Dios! Hay que ver lo que algunos hombres son capaces de hacer con un puñado de transistores y cien metros de cable —exclamó pintorescamente. Warnoz se echó a reír.

—¿De veras quieres ver mi receptor de UTV, Jack? Riván saltó de su asiento.

—Le estrangularía si no me lo enseñara, profesor —contestó.

CAPÍTULO II

—Ese otro aparato que ves junto al receptor de UTV es mi máquina de teleportación —señaló Warnoz —. Incompleta todavía, porque me he encallado en un arrecife de cálculo que no logro superar por más que me esfuerzo en ello.

Riván se había olvidado ya de su frustrada aventura amorosa. No en vano había sido uno de los mejores discípulos de Warnoz y en la actualidad poseía una bien cimentada fama en su profesión.

La teleportadora, sustancialmente, era un gran cajón de vidrio, en forma de paralelepípedo, de dos metros de altura por uno y medio de anchura y otro tanto de fondo. Había en el centro un sillón y, a la derecha, se hallaba el pupitre con los aparatos de control y mando.

El receptor de Ultratelevisión estaba al lado y, en apariencia no se diferenciaba en nada de uno corriente, salvo, tal vez, en el tamaño de la pantalla, que Riván calculó en cincuenta pulgadas. La mesa de mando, como en el caso anterior, estaba situada al lado.

Warnoz empezó a manipular en los controles de UTV. A los pocos momentos se encendió la pantalla.

Fascinado, Riván contempló una gran sala, en la que había un grupo de hombres reunidos en torno a una enorme mesa de forma oval. Los individuos eran, en general, de mediana edad y distintos aspectos físicos, aunque todos vestían de la misma manera:

túnicas brillantes, largas hasta los pies, con unos extraños collares que caían sobre su pecho.

Los collares, merced al color natural de la pantalla, se apreciaba eran de oro o algún metal valioso de similar tonalidad. Las túnicas eran de tejidos muy finos y cada una de ellas tenía un color distinto.

—Parece una reunión de ejecutivos —dijo Riván pasados algunos momentos—. Pero no en Marte; allí no visten de esa forma.

—Lo siento, pero no tengo la menor idea del lugar en que se celebran esas reuniones —contestó Warnoz —. Las he presenciado muchas veces, y me dan la sensación que se trata de consejos de ministros o algo por el estilo, en un lejano planeta, cuyo nombre, hasta ahora, no he podido averiguar.

Riván captó de pronto un detalle:

—Hablan, pero no se les oye —dijo.

—Estoy con el circuito de sonido, pero también me cuesta resolver el problema —confesó—. Se trata de «enganchar», por decirlo así, las ondas sonoras a las luminosas. Cuando lo consiga, además de ver, oiré.

—Entiendo. —De repente, Riván lanzó una exclamación—: |Vaya chica guapa!

Una mujer, joven y muy esbelta, acababa de entrar en imagen. Llevaba en las manos lo que parecía ser una libreta de anotaciones y escuchaba atentamente lo que le decían algunos de los congregados.

Riván observó que la muchacha vestía sobriamente, aunque con gran elegancia. El peinado, una gran pirámide de cabellos negros y muy brillantes, resultaba agradable por su exotismo.

—Tiene un tipo precioso —comentó Riván, extasiado.

El profesor se echó a reír.

—Ya me extrañaba que no te pasara algo parecido —contestó—. En cuanto ves una mujer, pierdes la cabeza.

—¿Y por qué otra cosa mejor puede perder la cabeza un hombre? —dijo el joven, lanzando un hondo suspiro.

La muchacha salió de la estancia. Riván observó entonces que dos de los sujetos cuchicheaban entre sí.

Uno de ellos tocó un timbre o algo por el estilo. A los pocos momentos entró un hombre, alto y fornido, vestido con una especie de armadura plateada, muy flexible, sin embargo, y armado con un tremendo pistolón, pendiente del costado izquierdo.

El guerrero tenía bigote y barba en punta y se tocaba con un casco metálico, adornado con una cresta de púas que iban de la frente a la nuca. Cada púa tenía, por lo menos, quince centímetros de largo.

Uno de los ministros dijo algo, a la vez que señalaba hacia la puerta. El guerrero asintió, saludó, inclinándose, y se retiró.

—Un general recibiendo órdenes del consejo de ministros —comentó Riván—. Y, dígame, profesor, después de esta interesante demostración, ¿por qué no hablamos un poco de su máquina de teleportación?

* * *

Riván escuchó con un silencio religioso las

explicaciones de Warnoz. En su fuero interno pensó que las teorías del eminente físico, poseían una audaz ingeniosidad que podía llevarlas a convertirse en hechos, pero, al igual que Warnoz no atinaba a dar con el punto clave que impedía el funcionamiento de la máquina.

—De modo que en síntesis es la descomposición de un cuerpo en trillones de diminutos fragmentos y su recomposición posterior en el lugar y distancia deseados.

—Exactamente —corroboró Warnoz—. Pero hasta ahora no he cosechado más que fracasos, Jack.

Riván se acarició el mentón.

—La cosa es muy distinta del UTV —dijo—. En la teleportadora se trata de partículas corpóreas, sea de la clase que sean. En el UTV sólo son partículas luminosas que, a fin de cuentas, resultan incorpóreas.

—Pero su mismo infinitesimal tamaño las convierte prácticamente en incorpóreas, me refiero a las partículas del cuerpo teleportado —alegó Warnoz.

—Con el debido respeto, profesor, es un sofisma. Una partícula corpórea, aunque sea del tamaño de un átomo, siempre es un objeto que podríamos calificar de tangible. No, el problema no está en su máquina… si no en la falta de otra análoga que «recomponga» el objeto teleportado.

—Tienes razón —convino Warnoz con ojos muy brillantes—. Es la idea que me faltaba y tú me la has dado, muchacho. Una teleportadora no es un tirachinas o una honda, que lanzan sus proyectiles a cierta distancia. Se necesita otra máquina que reciba

las partículas corpóreas emitidas, las reúna adecuadamente y devuelva al objeto teleportado, orgánico o no, su forma y composición originales.

—En tal caso, no le falta más que construir la otra máquina y…

Riván no pudo seguir. Unos gritos se oyeron fuera del laboratorio.

—¡Tiene que estar aquí!

—No ha podido ir a otro sitio. Aquí, aquí está.

El joven se aterró.

—¡Los noruegos!

—¿En mi casa? —se extrañó Warnoz.

—Usted no los conoce, profesor. Son capaces de todo.

Sonaron fuertes golpes en la puerta.

—¡Abran, abran!

—¡Maldición, si no abren, echaremos la puerta abajo a tiros!

—El pellejo me huele a pólvora —dijo Riván, aterrado, no por la escopeta, sino por la perspectiva que le aguardaba junto a la ardorosa noruega que había fijado como objetivo convertirse en su esposa a cualquier precio.

Warnoz lo empujó de repente hacia la teleportadora.

—Entra ahí —indicó—. Yo los despistaré.

—Pero es un cajón de cristal… Me verán…

—Déjame a mí. Entra y siéntate en el sillón —insistió Warnoz—. Yo me encargaré del resto.

Riván obedeció. Al tiempo de cerrar la puerta de vidrio, Warnoz dijo:

—Ponte rígido, cierra los ojos y respira muy lentamente.

Riván obedeció. Warnoz cerró la puerta de vidrio, cruzó el laboratorio y abrió la otra.

—Caballeros —dijo fríamente.

Un robusto individuo, de pelo rojizo, lo apartó a un lado de un manotazo.

—Quítese de en medio, imbécil —barbotó.

Detrás de él entraron dos gigantescos mocetones, tan pelirrojos como su padre, uno de los cuales estaba armado de una antigua escopeta de dos cañones. Warnoz estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio satisfactoriamente.

De pronto, Ole Hardson lanzó un bramido:

—Ah, ahí está ese canalla.

—Le obligaremos a cumplir con su deber, padre —dijo el mayor de los dos hijos, precisamente el que tenía la escopeta.

—Para que luego hablen de la flema y tranquilidad nórdicas —refunfuñó Warnoz.

Los noruegos se acercaban ya a la caja de cristal. Hardson padre alargó la mano, disponiéndose a abrirla, pero, en el mismo momento sonó una orden seca, restallante:

—¡Quietos ahí!

Los tres Hardson se volvieron al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre.

—El ingeniero Riván y yo estamos haciendo un interesante experimento, que no puede ser interrumpido bajo ningún pretexto. Apártense de esa caja ahora mismo, ¿me han oído? —ordenó Warnoz.

Hardson lanzó una ojeada a Riván, que seguía fielmente las indicaciones del profesor. Frunció el ceño y dijo:

—Sus experimentos me importan un rábano, señor. Ese sujeto ha ultrajado canallescamente el honor de los Hardson…

—Ah, se llaman Hardson —dijo Warnoz.

—Yo soy Ole, el padre. Mis hijos Kurt y Haakon.

—Siento no poder felicitarme de este conocimiento —aseguró Warnoz fríamente—. Aparte de que dentro de unos minutos voy a llamar a la policía y denunciarles por violación de domicilio, les repito que no pueden abrir esa caja.

—Nuestro honor es antes que todo —insistió Hardson—. De acuerdo, llame a la policía, pero ese sujeto se vendrá con nosotros.

—Muy bien, señor Hardson. Abra la puerta. Ábrala y su casquivana hija se quedará sin el marido que desea, con tanta pasión como falta de pudor.

—Mi hermana no es…

Hardson cortó en seco las protestas de su hijo mayor.

—Cállate, Kurt —ordenó—. De modo que si abro la puerta, ese hombre morirá.

—Si tiene ganas de convertirse en un asesino, hágalo.

Hardson vaciló. Por primera vez se sintió inquieto y nervioso.

—Comprenda, doctor… o lo que sea —farfulló—. Este individuo y mi hija Helga…

Warnoz soltó una risita.

—¿No será que quien ha sido atropellado en su honor es mi ayudante Riván? —dijo cáusticamente—. Algunas nórdicas son volcanes en erupción…

Un sonoro zumbido se oyó de repente, a la vez que la estancia se inundaba de una luz vivísima. Pareció el estallido de una gran carga de magnesio en polvo.

Los cuatro hombres quedaron cegados por unos momentos. Cuando, al fin, recobraron la visión, sus ojos fueron instintivamente hacia la máquina teleportadora.

El cajón de vidrio estaba vacío.

—¡Ha desaparecido! —gritó Warnoz, atónito, sin comprender muy bien lo que había sucedido.

Se precipitó hacia la puerta y la abrió. Desolado, comprobó que de Jack Riván no quedaba el menor rastro.

CAPÍTULO III

Un zumbante huracán rugió en sus oídos. Jack Riván creyó ser lanzado a un pozo de profundidad insondable. Pero el pozo no era totalmente oscuro.

Miríadas de puntitos luminosos de todos los colores bailaban una danza frenética ante sus ojos, entrecruzándose en demenciales espirales de intensidad variable. El zumbido, a veces un trueno prolongado, crecía y aumentaba de volumen, con intermitencias de distinta duración.

Agitó brazos y piernas, en un frenético intento de detener aquella caída que se le antojaba sería mortal. No encontró el menor asidero; sólo había el vacío, un vacío absoluto, gélido y ardiente a un mismo tiempo.

Empezó a perder el conocimiento. Todavía seguía cayendo, cayendo...

Las luces perdieron brillo. Finalmente, sobrevino la oscuridad, al mismo tiempo que el silencio.

Riván no se dio cuenta de que estaba tendido en un verde prado, bajo un sol resplandeciente y rodeado de hombres armados. A lo lejos se divisaba una ciudad de extrañas formas arquitectónicas.

Uno de los guerreros utilizó un aparato que era a la vez radio y televisión, portátil y muy compacto:

—Habla el capitán Hhud —dijo—. El espía ha llegado.

—¿Herido? —preguntó alguien.

—No. Parece en buen estado, si bien se le advierte privado de conocimiento.

—Muy bien. Capitán Hhud, lleve al espía a la Unidad de Inteligencia. Entréguelo al doctor Pohni, con la orden de que lo someta a un tratamiento intensivo de aprendizaje de nuestro idioma.

—Sí, señor.

—Inmediatamente después, venga a verme. Tengo una misión especial para usted, capitán.

—Muy bien, señor. ¿Algo más?

—Eso es todo.

Hhud cerró la comunicación y entregó el transmisor a uno de sus subordinados.

—Lleven al espía a nuestra nave —decretó.

* * *

Riván abrió los ojos y se encontró en una sala, cuyas paredes estaban pintadas de un suave color verde. Durante unos momentos, permaneció inmóvil, tratando de poner en orden sus pensamientos.

Estaba tendido en un lecho, rígido, con una delgada colchoneta, al cual se hallaba sujeto por unas fuertes abrazaderas de metal. Un hombre, vestido con un aséptico mono de color blanco, muy ajustado a su cuerpo, le miró sonriendo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Bien, aunque un poco aturdido, doctor... Supongo que es usted médico —dijo Riván.

—Supone bien, amigo mío. Y no le extrañe su aturdimiento; también hay algo de debilidad, aunque eso es algo que remediaremos de inmediato. A propósito, soy el doctor Pohni.

—Jack Riván —se presentó el joven—. Encantado, doctor.

Pohni no dijo nada. Se acercó a una mesita auxiliar, tomó un frasquito y puso unas gotas de su contenido en una especie de pipeta de vidrio. Luego volvió junto al paciente.

—Abra la boca, Jack.

Riván obedeció. Cinco o seis centímetros de aquel líquido pasaron a su boca primero y luego a su estómago.

—Dentro de diez minutos estará como nuevo —aseguró Pohni.

—Eso es bueno, doctor —sonrió Riván—. Pero, ¿era necesario atarme a esta cama?

Pohni se encogió de hombros.

—Ordenes —contestó escuetamente.

—Ordenes —repitió el joven, estupefacto—. ¿De quién, doctor?

—Parece mentira que diga usted una cosa así —rezongó Pohni—. Pero, en fin, éstas son cuestiones de política en las que yo no entro ni salgo, aunque, si le he de ser franco, ustedes, los de Glowyr-G, no me han sido nunca simpáticos. Pero, por encima de todo, soy médico, usted ya me comprende.

—No, no le comprendo en absoluto, doctor —dijo Riván—. ¿Quién es Glowyr-G y dónde vive?

—Vamos, vamos, muchacho —rio Pohni—, no venga ahora a hacerse el ingenuo. A estas alturas, no irá a hacerme creer que no sabe a qué ha venido a Shaddom-S.

—Le juro, doctor…

Riván se calló de pronto, porque acababa de darse cuenta de un detalle en el que no había reparado hasta entonces.

Lo hacía con tanta naturalidad, que resultaba lógico que no lo hubiese advertido en un principio. Pero estaba hablando en un idioma que no era el suyo. Ni ninguno de los que conocía.

«¿Cómo podía ser una cosa semejante?», se preguntó, terriblemente desconcertado.

—Doctor —llamó.

—Dígame, Jack —contestó Pohni, muy ocupado junto a una mesa de laboratorio.

—Estoy hablando un idioma que no es el mío...

—Oh, ya lo sé. Usted habla ahora la lengua de Shaddom-S.

—¡Pero yo no he nacido aquí! —gritó Riván sin poder contenerse.

—Para decir eso no es necesario que alce tanto la voz, Jack; le oigo perfectamente. Naturalmente que habla nuestra lengua; era imperativo que la aprendiese.

—¿Por qué?

—Ordenes —repitió Pohni con indiferencia.

—Doctor, si no me aclara pronto lo que me está pasando, acabaré loco. ¿Cómo puedo hablar una lengua que ayer me era absolutamente desconocida? —preguntó Riván.

—Oh, eso no ha tenido dificultad alguna. Pero no diga ayer, sino tres días. Su estancia en una unidad de TIAI ha durado ese tiempo, exactamente. Ha despertado hace unos minutos y lo ha hecho ya

hablando en nuestro idioma, como esperábamos y debía ser.

La estupefacción de Riván no disminuía, sino que aumentaba por momentos.

—¿Qué quiere decir TIAI, doctor? —preguntó.

—Tratamiento Intensivo de Aprendizaje de Idiomas —respondió Pohni, sin dejar sus aparatos—. En tres días, el más zoquete puede aprender la lengua de Shaddom-S, y hablarla como un nativo sin esfuerzo alguno, máxime un hombre inteligente como usted, espía de Glowyr-G.



La cabeza le daba vueltas a Riván.

Había demasiados puntos oscuros en lo que le estaba sucediendo.

Pero, ¿le sucedía de veras? ¿No se trataba de una pesadilla, de la cual podía despertar en cualquier momento?

En unos segundos recordó su veloz escapatoria de la casa de Helga Hardson, la persecución por parte de sus familiares, su refugio en casa del profesor Warnoz, la conversación con éste, sus aparatos, la entrada en el cajón de vidrio... y la caída en el pozo sin fin.

Era todo lo que recordaba le había sucedido hasta su pérdida de conocimiento y posterior despertar en aquel laboratorio, sobre la cama a la cual continuaba atado.

¡Y para colmo, le acusaban de ser espía de un país que no había oído nombrar en su vida!

Casi resultaba más asombroso que el aprendizaje del idioma shaddomiano en tres días, lo que parecía cosa de fábula.

Pohni se volvió de pronto frente a él.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, sonriendo.

—Creo que bien, doctor —respondió Riván.

—Tiene usted una constitución magnífica, muchacho. He visto a pocos hombres con una musculatura como la suya y, además, tan bien proporcionados. ¿Era usted deportista?

—Bueno, procuraba mantenerme en forma. Ya sabe, gimnasio, ejercicio físico y demás. Pero mi profesión verdadera es la de ingeniero.

—Se comprende, claro —dijo Pohni maliciosamente—. Su gobierno no iba a enviar aquí a un analfabeto. Un tipo inteligente, cultivado en lo intelectual y, además, de gran robustez física.

—Claro —dijo Riván, haciendo una mueca—, el espécimen ideal de un espía.

—Exacto —corroboró el galeno—. ¿Quiere levantarse y hacer algunas flexiones musculares?

—Con mucho gusto, doctor.

Pohni se acercó a la cama y le enseñó un grueso lápiz.

—Es un emisor de ondas paralizantes —explicó—. No intente nada hostil o lo dejaré convertido en una estatua instantáneamente. Podrá volver a la vida cuando yo lo desee, pero si alguien le diese un empujón y cayese al suelo, se rompería en mil pedazos, como si fuese de frágil vidrio.

—No estoy en situación de intentar actos hostiles

—contestó Riván.

—Aprecio su sensatez, amigo mío —dijo Pohni. Presionó un resorte y las abrazaderas saltaron automáticamente—. Puede levantarse, Jack.

Riván obedeció. Dio unos pasos por la estancia y pudo apreciar que las piernas le respondían perfectamente.

Movió los brazos, hizo unos ejercicios de cuello y luego se inclinó varias veces seguidas, para tocarse los pies con las puntas de los dedos. Finalmente, terminó con unos cuantos saltos en vertical, de notable altura.

—Estoy en forma, doctor —dijo sonriendo, al terminar.

—Lo celebro mucho, Jack. Su capacidad de reacción es magnífica. No todos logran recuperarse tan pronto, después de su estancia en una unidad de TIAI.

—¿Se pasa mal, doctor?

—Puesto que el paciente permanece en estado de inconsciencia, no lo pasa ni bien ni mal. Simplemente, lo pasa, pero algunos resultan afectados por la aceleración del tiempo en el interior de la cápsula.

—Aceleración del tiempo —resopló el joven.

—Claro. En tres días, transcurrieron para usted seis meses ordinarios, tiempo mínimo para aprender nuestro idioma, mediante grabaciones que se emitían a su cerebro en estado receptor. Su cuerpo permanecía insensible, pero no así su cerebro.

—Ya entiendo.

—Además, usted debe suponer que, para aprender medianamente un idioma, se debe realizar un curso de tres o cuatro horas diarias. Imagínese ahora lo que son

seis meses, aprendiendo el shaddomiano durante veinticuatro horas de cada día.

—No puede fallar —sonrió Riván, admirado al mismo tiempo de aquella maravillosa máquina que en tan poco tiempo le había hecho conocer los más recónditos secretos del idioma hablado en Shaddom-S.

Pero había una duda que le corroía.

¿Dónde estaba Shaddom-S?

Riván no tuvo tiempo de formular la pregunta. En aquel momento llamaron a la puerta del laboratorio.

CAPÍTULO IV

Cuatro personas entraron, después de que Pohni hubiera dado su permiso para ello. Riván estuvo a punto de lanzar un grito de asombro.

Aquella hermosa muchacha, que aparecía flanqueada por dos guardias armados, ¿no era la misma a quien había visto a través de la pantalla del receptor de UTV del profesor Warnoz?

La, joven aparecía muy pálida, salvo en el lado izquierdo de la cara, en donde alguien había dejado estampada la huella de sus cuatro dedos. Ahora vestía una especie de sujetador y unos breves pantalones, con botas de media caña.

El pelo caía libre y suelto sobre su espalda. En torno a cada muñeca se advertían dos argollas metálicas, aunque Riván no pudo ver la cadena que debía enlazarlas, caso de que fuesen unas esposas.

—Capitán Hhud —saludó Pohni.

—Doctor, le traigo a la prisionera Eldys Rwir —manifestó el oficial—. De orden del segundo primer ministro, debe ser sometida a tratamiento especial para interrogatorio.

Pohni arqueó las cejas.

—Traerá usted la orden correspondiente, capitán —dijo.

—¿No es suficiente que le transmita una orden verbal del honorable Tiohr? —contestó Hhud, muy irritado.

—Capitán, las órdenes verbales me importan un

comino —respondió el galeno sin amilanarse—. Un tratamiento como el que me piden puede producir graves secuelas en el cerebro del paciente y yo no quiero asumir esa responsabilidad sin una orden escrita.

—¡Es una espía de Glowyr-G! —gritó Hhud, colérico.

—Me importa un rábano lo que sea, capitán. Delante de mí sólo veo a un ser humano. Todo lo demás, me tiene sin cuidado. Si no hay orden escrita, no habrá tratamiento para interrogatorio, eso es todo.

Hhud se vio obligado a tascar el freno.

—Está bien —cedió finalmente—. Iré a buscar la orden. —De pronto reparó en el joven—. Ese es el otro espía a quien yo capturé días atrás —añadió.

—Exacto —corroboró Pohni.

—Veo que lo ha soltado, doctor.

—Oh, no se preocupe —rio Pohni—. Lo tengo bajo control. Simplemente, estudiaba sus reacciones después de su estancia en la unidad de TIAI.

—Usted es responsable de él —gruñó Hhud—. Bien, iré a por esa orden. Ustedes —ordenó a los guardias—, vigilen a la espía.

—Sí, señor.

Hhud se marchó. Hubo a continuación una leve pausa de silencio.

Riván contemplaba a Eldys. ¿Una espía de Glowyr-G?

Pero, ¿no había sido la secretaria de confianza de los ministros de Shaddom-S?

Pohni se volvió hacia el joven.

—Lo siento, Jack, pero tendrá que volver a la cama, hasta nueva orden —dijo.

—Sí, doctor.

Riván se tendió en el lecho. Pohni se puso el lápiz paralizante en un bolsillo superior de su mono blanco.

Acto seguido se dispuso a presionar el resorte que accionaba las abrazaderas metálicas. De pronto, la mano de Riván le arrebató el emisor de rayos paralizantes.

Al mismo tiempo, su pie derecho le golpeaba en el estómago. Pohni lanzó un gruñido y salió disparado a cinco o seis pasos de distancia.

Los guardias se movieron. Riván saltó de la cama y gritó:

—¡Quietos! ¡Es un tubo paralizante y lo pondré en acción en caso necesario!

* * *

Los guardias iban armados, pero al oír la voz del joven hicieron un universal gesto de rendición: levantaron los brazos. Riván sonrió satisfecho.

—Desármalos, Eldys —ordenó.

Ella levantó las manos.

—Estoy esposada —alegó.

—Escucha, pasa por detrás de ellos y sitúate a su derecha en cada caso. Juntando ambas manos, podrás quitarles las pistolas.

—Entiendo.

Eldys desarmó a los guardias en pocos instantes. Pohni meneó la cabeza.

—Le he tratado bien, Jack. Creo que no me merecía lo que ha hecho conmigo —dijo, a la vez que se te frotaba el estómago.

—Lo siento, doctor, pero no estoy dispuesto a que me fusilen por espionaje, cuando no tengo nada que ver con ello. Eldys, ¿no tienen esos tipos las llaves de las esposas? —preguntó Riván.

—Son electromagnéticas y el emisor de ondas que activa o desactiva la unión entre las dos argollas está en poder del capitán Hhud —contestó la muchacha.

—En tal caso, aguardaremos a que vuelva —decidió el joven—. ¿Qué clase de proyectiles disparan las pistolas, Eldys?

—Explosivos. Pueden pulverizar a una persona si le alcanzan.

—¡Vaya un inventito! —rezongó Riván—. Doctor, lo siento por usted, se me había hecho simpático, pero sospecho que, después de haber aprendido su idioma, yo iba a ser sometido a interrogatorio «especial». ¿No es cierto?

Pohni guardó silencio. Eldys dijo:

—Seguramente, como también pensaban hacer lo mismo conmigo.

—Tú sí eres espía de Glowyr-G.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora ya no tengo inconveniente en admitirlo —contestó.

—Pero yo no lo soy y creo que no estoy en situación de demostrarlo —dijo Riván—. Por eso, lo mejor que podemos hacer es escapamos de aquí en cuanto llegue Hhud.

—Nos perseguirán —vaticinó Eldys.

—¿Prefieres quedarte aquí para que te vacíen el cerebro primero y luego te maten?

Eldys se estremeció.

—Oh, no, eso no —respondió vivamente.

—Entonces, nos largaremos... Por cierto, dame una de esas pistolas —solicitó el joven.

Eldys asintió. Riván hizo una pregunta a continuación:

—¿Sabes tú manejar el tubo paralizante?

—Sí —contestó ella.

Riván se lo entregó.

—Úsalo sin miedo, en caso necesario —dijo—. Recuerda, es tu vida la que está en juego.

—De acuerdo, Jack.

Pasaron algunos minutos. De pronto, llamaron a la puerta.

Riván hizo un gesto con la cabeza. Eldys se situó de nuevo entre los guardias.

El joven abrió, echándose a un lado. Hhud entró con un papel en la mano.

—La orden, doctor...

Algo duro y metálico se apoyó en su cuello, bajo la nuca, en la parte no protegida por el casco.

—Un solo movimiento y eres hombre muerto, capitán Hhud —dijo Riván.

* * *

Hhud se quedó quieto en el acto. Riván cerró de un puntapié y miró a la muchacha.

Eldys saltó a un lado y apuntó a los guardias con el tubo emisor de rayos paralizantes.

—Capitán, suélteme —pidió.

Hhud apretó los labios.

—¿Prefiere que le quite la llave a su cadáver? —dijo Riván con voz hiriente.

—La culpa es suya, doctor —acusó Hhud—. Si usted no…

Riván le golpeó de pronto con el cañón en el cuello, Hhud lanzó un grito y cayó de rodillas.

—Basta de charla —cortó, irritado—. Suelte a la chica o lo pulverizo.

Hhud cedió. Las argollas cayeron tintineando al suelo.

—Será mejor que nos larguemos, Eldys —propuso Riván.

—Aguarda un momento —solicitó ella—. Capitán, póngase en fila con sus hombres.

Hhud obedeció torpemente. Entonces, Eldys disparó sendas descargas y los tres sujetos se convirtieron en estatuas en el acto.

—Doctor, le agradezco mucho lo que ha hecho por mí, pero no puedo quedarme —dijo Riván—. Usted se encargará de «descongelar» a estos tipos.

—Me gustaría desearles suerte, pero me es imposible —contestó Pohni—. Soy de Shaddom-S, no puedo remediarlo.

—Doctor, si yo vine aquí, fue simplemente para evitar la destrucción de mi planeta —alegó la muchacha—. Ustedes quieren…

Riván tiró de su mano.

—Basta, Eldys —dijo—. Estos argumentos no interesan ahora. Vámonos.

Echaron a correr hacia la puerta. Riván cerró, sorprendiéndose al hallarse en un cubículo cerrado, sin ventanas.

—Eh, esto no da a ninguna parte —protestó.

—Claro, es un ascensor —sonrió la muchacha.

Acercó la mano a la pared y presionó en determinado punto. Un cuadrado de unos diez centímetros de lado se encendió en el acto, al mismo tiempo que el suelo se movía hacia arriba.

—Cuidado —advirtió Eldys—. En la salida habrá soldados.

—Tengo una pistola —contestó Riván.

—Ellos también tienen, no lo olvides.

Riván contempló el arma.

—Dices que dispara proyectiles explosivos, Eldys.

—Así es. Al impactar, producen unas terribles explosiones...

—Entonces, no te preocupes, no dispararán sus pistolas. Nadie dispara un arma a cuatro pasos de distancia, sabiendo que también puede morir.

Eldys pareció desconcertarse un momento, pero, en aquel momento, el suelo se detuvo y uno de los muros se descorrió silenciosamente.

Había cuatro guardias, en dos parejas, a ambos lados de la salida. Agarrando a Eldys por el brazo derecho, Riván dijo:

—Deben bajar inmediatamente; el capitán Hhud les está esperando. Yo me llevo a la prisionera por orden superior.

Los guardias obedecieron sin rechistar. Eldys fue a decir algo, pero la firme presión de la mano de Riván en su brazo la hizo callar en el acto.

La puerta del ascensor se cerró. En voz baja, Riván se dirigió a la muchacha:

—Tú conoces estos andurriales. Busca la salida, Eldys.

CAPÍTULO V

Riván pudo darse cuenta de que se hallaban en el interior de un inmenso edificio, con largos y espaciosos pasillos y enormes salas. Había bastante gente, hombres en su mayoría.

Muchos de ellos eran guardias, que vigilaban determinadas puertas. Otros, en cambio, parecían burócratas, muy atareados en sus funciones.

—¿Dónde estamos? —preguntó él.

—Esto es la residencia del gobierno de Shaddom-S. Ahora nos hallamos en la zona inferior. La parte alta está destinada a oficinas y despachos de los primeros ministros.

—Entiendo. Pero, ¿la salida...?

—A la izquierda —dijo Eldys de pronto.

Apenas se fijaban en ellos. Riván se dio cuenta bruscamente de que le faltaban sus ropas terrestres y que estaba vestido con unas simples calzas, con zapatos incorporados, y una blusa corta y ajustada a la cintura.

Las mangas eran también cortas. El tejido le pareció térmico: fresco en verano y caliente en invierno. Blusa y calzas eran de color azul gris.

De pronto asomaron a un gran patio, en el que pululaban multitud de personas. Había también unos extraños vehículos, que a Riván le recordaron los antiguos torpedos terrestres, salvo que eran más gruesos y largos.

La mayoría de aquellos torpedos eran biplaza,

aunque pudo ver también algunos para cuatro o seis personas. Una cúpula encristalada protegía a los ocupantes del vehículo cuando éste se hallaba en movimiento.

—Tenemos que apoderarnos de uno de los torpedos —susurró Eldys.

—¿Son difíciles de manejar? —preguntó Riván.

—No. Una palanca lo hace todo. Pero en la ciudad no pueden volar a más de diez metros de altura y ello para evitar posibles colisiones con otros vehículos.

Riván asintió.

—¿Dónde está el contacto? —quiso saber.

—El botón rojo del cabo superior de la palanca. Basta oprimirlo para...

—Suficiente —cortó él—. Vamos.

Cerca del lugar en que se hallaban había un torpedo vacío, biplaza, con la cúpula protectora levantada. Con gesto autoritario, Riván empujó a la muchacha hacia el vehículo.

—Yo pilotaré. Tú me guiarás —dijo.

Eldys se sentó en el asiento posterior, pues los ocupantes viajaban en tándem. El torpedo estaba casi enfilado hacia la gran puerta de salida, un túnel en realidad, dadas las enormes dimensiones del edificio. Sin embargo, era de notable anchura y permitía el tránsito sin agobios.

Riván presionó el botón rojo de la palanca. El aparato quedó suspendido a unos centímetros del suelo, a la vez que la cúpula se cerraba sobre ellos automáticamente.

De pronto, Eldys lanzó un grito:

—¡De prisa, Jack! Creo que ya han dado la alarma de nuestra fuga.

* * *

Riván movió la palanca hacia adelante y el aparato se puso en marcha. Acentuó la inclinación y la velocidad aumentó.

La gente se apartó presurosamente. Algunos blandieron los puños con gesto colérico.

—Más rápido, Jack —le apremió Eldys.

El torpedo partió disparado, atropellando todo lo que se le ponía por delante. Otro llegaba en aquel momento y su piloto se desvió con violencia, a fin de evitar la colisión, pero la maniobra lo llevó a estrellarse contra la pared del túnel. El torpedo rebotó, cayó al suelo y rodó varias veces sobre sí mismo, antes de detenerse por completo.

Atravesaron el túnel con velocidad relampagueante. Riván se encontró de pronto ante una enorme avenida, flanqueada por altísimos edificios, unidos entre sí por puentes de bello trazado y arriesgadas líneas. El tránsito era intensísimo.

—A la izquierda, Jack —indicó la muchacha.

Riván obedeció. El aparato respondía fácilmente a los menores impulsos del bastón de mando. Su velocidad aumentó vertiginosamente, pero el joven se dio cuenta de que, a pesar de todo, seguían a un palmo del suelo.

—Eldys, ¿qué puedo hacer para ganar más altura? —preguntó, sin volver la cabeza.

—La parte superior del bastón es giratoria. A la derecha, subirás; a la izquierda, perderás altura, pero nunca, si no cortas previamente el contacto, tocarás el suelo.

—Estupendo.

La velocidad del torpedo era ya enorme. De pronto, Eldys dijo:

—Jack, delante de ti hay una tecla verde. Bájala.

Riván obedeció. Una voz se oyó en el acto:

—El torpedo AA-F-5 ha sido robado por dos espías de Glowyr-G. Se ordena a todas las patrullas de vigilancia su persecución y destrucción por todos los medios a su alcance.

—Esto se pone feo, Eldys —gritó Riván—. ¿Qué puedo hacer para aumentar la velocidad?

—Tecla amarilla —indicó ella—. Los impulsos a los motores tendrán un cincuenta por ciento más de potencia.

El torpedo se convirtió en un proyectil que surcaba las enormes calles de la ciudad con velocidad de vértigo. Los demás vehículos se apartaban a su paso apresuradamente. Riván apreció que los edificios, dada la marcha a que circulaban, eran apenas unas manchas blanquecinas.

—¿Es que no se va a acabar nunca esta ciudad? —preguntó.

—La capital es muy grande, en efecto —convino la muchacha—. Pero en seguida estaremos a salvo.

—Si no nos localiza antes alguna patrulla de vigilancia. ¿Qué clase de armas emplearían?

—Proyectiles térmicos o explosivos, según el

humor del jefe de la patrulla —contestó Eldys.

Riván se estremeció.

—Vaya un panorama —gritó.

—Tecla azul —dijo Eldys de pronto.

Riván bajó la tecla señalada. Delante de él se encendió una pequeña pantalla circular, de unos veinte centímetros de diámetro, en uno de cuyos bordes se veía oscilar un puntito de color anaranjado.

—Empiezan a detectamos —dijo Eldys, que observaba la pantalla por encima del hombro de Riván.

—Debo suponer que, cuando ese punto oscilante esté en el centro de la pantalla, nos hallaremos a tiro de nuestros perseguidores —dijo el joven.

—Sí —confirmó ella escuetamente.

La ciudad se acabó de pronto. Eldys ordenó:

—A veinte metros, Jack. Si disparan proyectiles explosivos y no nos alcanzan, la onda no nos afectará cuando se produzca el estallido contra el suelo.

Riván giró ligeramente el mango y el aparato, sin perder velocidad, ganó altura. Pronto pudo darse cuenta de que volaban a través de campos de gran belleza, abundantes en vegetación de todas clases.

Una lámina azul apareció de pronto ante sus ojos.

—Un poco a la derecha, Jack —dijo Eldys.

El joven se desvió. De pronto, vio que había ya dos puntitos anaranjados en la pantalla, a mitad de camino entre el borde y el centro.

—Nos están dando alcance —informó.

—¿Sabes nadar? —preguntó ella.

—Sí, claro.

—Entonces, no te preocupes. Haz justamente lo que yo te diga... cuando te lo diga.

—De acuerdo.

Los ojos de Riván estaban fijos en la pantalla, en la que se divisaba la lenta progresión de los puntitos que señalaban los torpedos perseguidores. Otro apareció de repente en el lado opuesto, acercándose velozmente hacia el centro.

—Jack, cuando te lo ordene, invierte el vuelo del aparato y corta el contacto. ¿Me has entendido?

—Sí, Eldys.

—Reduce la velocidad. Ya estamos llegando al refugio.

Riván acató puntualmente las indicaciones de la muchacha. Aquella extensión de agua que había divisado antes a lo lejos, se acercaba rápidamente. Podía apreciarse claramente que era un gran lago, cuya orilla opuesta apenas si se divisaba.

—Preparado, Jack. Baja a cinco metros.

Riván ejecutó puntualmente la maniobra. Los puntos anaranjados se acercaban peligrosamente al centro de la pantalla.

—Al saltar, nos sumergiremos —dijo Eldys—. Sígueme y no temas.

—Enterado.

—Una raya humosa cruzó de pronto por delante del aparato. El proyectil pasó lejos y reventó con atronador estampido, provocando una enorme nube de fuego y humo.

De pronto, Eldys lanzó un grito:

—¡Ahora, Jack!

Riván invirtió la posición del torpedo, ladeando por completo la palanca, justo cuando acababan de rebasar la orilla del lago. Casi al mismo tiempo, cortó el contacto.

La cúpula se abrió y los dos jóvenes cayeron de cabeza.

La natación no resultaba extraña a Riván. Entró en el agua como una bala, dándose cuenta de su extraordinaria transparencia. Eldys nadaba delante de él.

El torpedo cayó, falto de sustentación, pero se detuvo a un palmo de la superficie. De repente, Riván vio ante si la negra boca de un túnel.

El aire empezó a faltarle en los pulmones. Braceó desesperadamente, siguiendo a Eldys, que se movía en el agua con la gracia y la ligereza de una sirena.

La temperatura del líquido, fría al principio, aumentó de golpe. Riván comprendió que había sido disparado un proyectil térmico.

Empezó a sentir una fuerte opresión en los pulmones. Sus movimientos se hicieron más torpes.

De pronto, vio una luz ante sí. Eldys ascendía ya en el agua.

Riván hizo un esfuerzo y taloneó con furia. Su cabeza salió al exterior y aspiró con fuerza el aire puro. Una mano tiró de él y lo remolcó suavemente hacia terreno firme.

CAPÍTULO VI

Arrodillada a su lado, Eldys disparó algo con un pulverizador hacia el rostro del agotado Riván. El joven sintió mejoría casi en el acto.

Eldys sonrió.

—No lo has pasado muy bien —comentó.

—Bastante mal, sería la frase correcta. —Riván se sentó en el suelo—. ¿Dónde estamos? —preguntó.

—En mi refugio —contestó Eldys—. Ven, necesitas secarte.

Riván se puso en pie, dándose cuenta de que se hallaba en una cueva cuya entrada, ya lo había apreciado antes, estaba bajo el nivel de las aguas del lago. La oquedad era espaciosa y estaba iluminada por una batería de lámparas, sujetas al techo, que emitían una luz suave, ligeramente azulada, que no dañaba en absoluto a las retinas

Eldys lo situó frente a lo que parecía un armario. Presionó un botón y Riván sintió en el acto el beneficioso influjo de un centenar de chorros de aire caliente.

Ella se situó a su lado.

—Yo también necesito secarme —dijo, sonriendo —. Luego comeremos algo.

—Sí, ya empiezo a sentir hambre —convino Riván —. De modo que la secretaria del consejo de ministros es espía de Glowyr-G.

—Lo admito, ya no tengo otro remedio. Me han descubierto y... Pero, ¿cómo te descubrieron a ti,

Jack?

Riván suspiró.

—Será una historia larga —dijo—. Prefiero que me cuentes antes la tuya.

—Espera un momento —rogó la muchacha, a la vez que se separaba de él.

Riván observó que la cueva, además de espaciosa, estaba bien acondicionada. La humedad era su único inconveniente, si bien el aire caliente paliaba notablemente tal defecto.

Eldys volvió a su lado con una píldora y un vaso de agua.

—Tómatela —indicó.

—¿Qué es? —preguntó Riván, receloso.

—No te hará ningún daño, te lo aseguro.

Riván ingirió la píldora. Eldys aguardó cosa de un momento.

—Ya ha hecho efecto —dijo de pronto.

—¿Qué clase de efecto, Eldys?

—Si esta fuga ha sido un plan preconcebido para detectar mi escondite y mi red de auxiliares, lo sabré en seguida, porque tú hablarás a partir de ahora con toda sinceridad. Los efectos de la píldora duran tres o cuatro días, según la naturaleza, y en ese tiempo podré comprobar que no perteneces al contraespionaje shaddomita.

* * *

—No soy espía de Shaddom-S, ni de Glowyr-G, ni de nada que se le parezca —contestó Riván

malhumoradamente—. Soy un simple terrestre, que ha caído aquí Dios sabe cómo y que no acaba de comprender bien lo que le sucede, eso es todo.

—¿Terrestre? ¿Qué significa esa palabra?

—Sencillamente, que procedo del planeta Tierra, esto en el supuesto de lo que me sucede no sea un sueño.

—No es ningún sueño. Y yo jamás he oído hablar de ese planeta —declaró Eldys.

—Pues ya te hablaré de él en otro momento. Pero primero quiero que me cuentes lo que te sucede, Eldys.

—Es sencillo. Estoy aquí para evitar la invasión y destrucción de Glowyr-G, que es el planeta de donde procedo.

—Y conseguiste nada menos que colocarte como secretaria de los ministros.

—De los primeros ministros, porque secundarios hay muchos más. Los once primeros ministros son el gobierno de Shaddom-S y ellos son los que han planeado la invasión de mi planeta.

—¿Para qué? ¿Con qué motivo, Eldys?

Ella se encogió de hombros.

—Todavía no he podido averiguarlo —respondió—. Sin embargo, sé que se está terminando la construcción de una inmensa armada de astronaves, compuesta por varios millares de unidades, cada una de las cuales será capaz de transportar varios miles de soldados, equipados con las más poderosas armas que te puedas imaginar. Pero no sé tampoco dónde están las naves ni él o los centros de reclutamiento e

instrucción de esos soldados.

Riván silbó.

—¿Cuántas naves? —preguntó—. Di una cifra aproximada, Eldys.

—Yo calculo que alrededor de ocho mil, puede que diez mil. Y cada una de ellas con espacio suficiente para tres o cuatro mil soldados.

—Se me ponen los pelos de punta —exclamó él—. Eso significa una cifra mínima de veinticuatro millones de invasores.

—Sí, Jack.

—Pero si las naves fuesen diez mil y cada una de ellas pudiera transportar cuatro mil hombres, la cifra total llegaría a los cuarenta millones.

—Exactamente —corroboró Eldys sin pestañear.

Riván se frotó de pronto el estómago.

—No sé por qué será, pero lo que acabo de escuchar me ha dado un hambre horrorosa —dijo.

Eldys sonrió.

—Ven, vamos a comer un poco —invitó.



La comida consistió en unas cuantas tabletas, de distintos colores y sabores, muy agradables, y sendos vasos de un líquido rojo y muy transparente, ligeramente alcohólico.

—En la Tierra se come mejor, lo cual no me impide apreciar el valor nutritivo de estas pastillas —dijo Riván al terminar.

—Cada planeta tiene su propio sistema alimenticio

—sonrió la muchacha.

—Si, es cierto. Así que cuando viniste a Shaddom-S a espiar, preparaste este refugio...

—Oh, no, ya estaba dispuesto. Lo hicieron anteriores agentes, en una labor que duró muchos años, tantos como los que lleva gestándose la invasión de Glowyr-G. Pero hace un par de años me enviaron a mí; confiaban en que me infiltrase en un puesto elevado, y así sucedió.

—A pesar de lo cual, no has podido averiguar lo más interesante.

—Lo admito —dijo Eldys, desazonada.

—Oye, veinticuatro millones de personas no desaparecen así como así. La gente tiene que hacer comentarios; algunos familiares, tarde o temprano, acaban por hablar... ¿Qué has oído tú al respecto?

—Nada en absoluto, y eso es lo que más me intriga. Diríase que los ciudadanos de Shaddom-S están despreocupados por completo de la invasión.

—Muy curioso —comentó Riván—. Pero hay otro dato muy significativo que, estimo, debe ser tenido en cuenta.

—¿A qué te refieres, Jack? —preguntó la muchacha.

—¿Se usa dinero en Shaddom-S?

—Claro que sí. Todos los intercambios comerciales se realizan mediante monedas de distintas denominaciones. La moneda de Shaddom-S es el shaddmark.

—Marco shaddomita —tradujo el joven—. Ahora bien, puesto que en este planeta se usa el dinero, es

obvio suponer que los gastos que acarrea la preparación de una armada semejante no serán precisamente una fruslería.

—Supongo que sí. No obstante, ése es un dato del que jamás me he preocupado, Jack.

Riván levantó los brazos al cielo.

—¡Y a esta chica la acusan de espía! —clamó.

—Hasta ahora he conseguido datos que ninguno de mis antecesores pudo conseguir —dijo Eldys, molesta por aquel comentario.

—Sí, pero tienes mucho que aprender todavía. A pesar de que hayas estado de secretaria del consejo de primeros ministros... Son once, creo.

—Efectivamente. Pero no hay primer ministro. Los demás son segundo primer ministro, tercer primer ministro y así sucesivamente hasta el undécimo.

—¿Por qué no hay primer primer ministro? —preguntó Riván, extrañado.

—Tengo entendido que goza de ciertas preminencias sobre los demás. Pero hace años que el puesto está vacante y no se ha elegido el sustituto del que falleció y que lo ocupaba.

—¿Conoces los motivos?

—Sí. Ninguno de los actuales primeros ministros quiere que haya otro más importante que ellos. El primer primer ministro, aun siendo igual a sus colegas, tendría categoría y honores de jefe de Estado planetario.

—Envidia pura se llama a esa figura —dijo Riván.

—Ellos dicen que es cuestión de política de moderación. De este modo, no hay peligro de que el

primer primer ministro se tome atribuciones excesivas.

—¡Hum! Teniendo una Cámara que controlase sus decisiones y las rechazase en caso necesario, tal cosa no podría suceder —dijo Riván—. Pero vayamos a lo inmediato, es decir, a la invasión de Glowyr-G. ¿Será para fecha inmediata, Eldys?

—No puede faltar ya mucho, aunque tampoco la iniciarán mañana. Pero es algo inevitable.

—No seas pesimista —sonrió él—. Vamos a estudiar un plan para ver si localizamos esa monstruosa armada y evitamos la invasión.

Eldys hizo un gesto de desaliento.

—No creo que consigamos nada —dijo.

—Veremos. Nunca he sido espía en mi planeta, pero he leído muchas historias de espías de los tiempos antiguos. En primer lugar, dime, ¿hay detectores moleculares?

—¿Qué es eso? —preguntó Eldys, extrañada.

—Simplemente, unos aparatos con los cuales se puede averiguar la identidad de una persona, aunque haya cambiado su apariencia física. En la Tierra los hay. Una vez se conoce la fórmula molecular de una persona, ya puede vestirse o pintarse o disfrazarse como le dé la gana, que acabará indefectiblemente en manos de la policía.

—No, aquí no hay nada de eso. Ni en Glowyr-G tampoco, por supuesto.

—Bien, ya tenemos una ventaja. Dime, Eldys, cuando un ciudadano corriente quiere comer o beber, por ejemplo, y no está en su casa, ¿qué es lo que hace?

—Oh, hay locales destinados a ello, lo mismo que

hay tiendas donde se venden ropas, calzado y demás objetos de uso corriente.

—¿Venta de armas?

—No. Está prohibida por el Gobierno.

Riván soltó una risita.

—No he conocido prohibición que no se pueda burlar, de un modo u otro —dijo—. Claro está que no siempre el fin justifica los medios, pero si nos hiciera falta, tendríamos armas. De todas formas, poseemos una poco menos que invencible.

—¿Cuál, Jack?

Riván se tocó la frente.

—La inteligencia —respondió.

—Oh, comprendo —sonrió la muchacha.

—Y, por ahora, una última pregunta, Eldys.

—Sí, Jack.

—¿Qué tal el sentido cívico de los habitantes de Shaddom-S?

—Son respetuosos y obedientes de las leyes, y muy disciplinados —respondió ella.

—Eso significa que, por ejemplo, los robos son poco menos que desconocidos en este planeta.

—Lo mismo que en Glowyr-G. Pero, ¿por qué dices eso, Jack? —inquirió Eldys, llena de extrañeza.

—Sencillamente, porque, tras un pequeño período de reposo —ciertamente allí veo un par de camas muy confortables—, tú y yo nos vamos a convertir en ladrones, Eldys —contestó Riván con la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO VII

Riván colocó un espejo delante de la muchacha y preguntó:

—¿Qué te parece mi obra, Eldys?

—Asombroso —contestó ella—. Parezco otra.

—Tenías el pelo demasiado largo. Lástima que haya tenido que cortarlo, pero no había otro remedio. Ahora, teñido de rubio, estás completamente desconocida. Lo mismo que yo, que de castaño claro he pasado a moreno —sonrió Riván.

Estaban en una tienda donde se vendían artículos de tocador. Riván los había encontrado, en general, de calidad ínfima y pésimamente presentados, pero, al menos, cumplían su objeto.

Los objetos de metal escaseaban, era otra de las observaciones que había hecho el joven. Apenas había uno o dos frascos con tapones metálicos; todos eran de una sustancia plástica, flexible y fácilmente acomodable a la abertura que debían obturar.

El metal de las tijeras le pareció también de una calidad desastrosa. ¿Cómo podía ser, se preguntó, que un planeta tan avanzado en ciertos aspectos —los vehículos con forma de torpedo lo probaban concluyentemente—, pudieran fabricarse objetos de uso cotidiano tan mal hechos?

Los perfumes, asimismo, no valían gran cosa. Pero tanto él como Eldys habían variado de aspecto.

—Y esto es lo que importa —resumió así sus reflexiones.

—¿Decías? —preguntó Eldys.

—No, nada. Anda, vámonos.

Salieron de la tienda. La ciudad, a altas horas de la noche, estaba completamente desierta.

Minutos más tarde, Eldys se detuvo ante un almacén de ropas.

—Aquí, Jack —indicó.

Riván tanteó la puerta.

—Está abierta —dijo—. ¡Viva la honradez de los shaddomitas!

Entraron en la tienda. Los trajes eran también de una calidad poco estimable, si bien el tejido parecía resistente. Pero la imaginación de los fabricantes era de una penuria deprimente.

Riván eligió para la muchacha un traje de dos piezas: chaquetilla corta, que dejaba el estómago al descubierto, y pantalones ajustados. Ambas prendas eran de color azul pálido.

—Anda, cámbiate —indicó—. Y busca un bolso distinto, en el que puedas llevar tus cosas.

—Sí, Jack.

El mono azul gris de Riván fue sustituido por otro de color amarillo muy claro, casi blanco. Lamentó dejar el que tenía.

—Para según que personas, las telas son mejores —refunfuñó.

Eldys salió minutos más tarde.

—Estoy lista —dijo—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—En primer lugar, sembrar un poco de cizaña —sonrió Riván, para asombro y perplejidad de la muchacha.



Pasadas las nueve de la mañana, entraron en un local que podía llamarse restaurante. No había mesas, sino largas barras, con platos de comida y vasos llenos de distintas bebidas. El precio, observó Riván, era único: un marco por la comida y otro tanto por la bebida.

—Si es que a estas bazofias se les puede llamar comida y bebida —dijo, en voz alta.

Algunos individuos le miraron con curiosidad.

—No están tan mal —dijo uno.

—Hombre, si sólo se trata de llenar la tripa… También se puede llenar con hierba. Pero no es comida para una persona. Y el precio, ¿eh? ¿Qué me dice usted del precio?

—Eso sí es cierto —intervino otro de los clientes—. Hace cosa de dos años, una ración completa costaba una tercera parte de lo que cuesta actualmente.

—Claro —sonrió Riván—. El Gobierno es un vampiro que necesita dinero, dinero, dinero… Y nosotros, los ciudadanos honrados y trabajadores, nos dejamos chupar la sangre como tontos.

—Hombre —dijo uno—, la cosa no está tan mal. Tenemos muchas cosas gratuitas: luz, sanidad, educación…

—Sí, pero la comida es mala y cara —insistió el terrestre.

—Mi marido tiene razón para hablar así. Es programador de mezclas alimenticias en la fábrica veintidós —intervino Eldys, muy seria.

—Y, amigos, de lo que entraba hace dos años en la fábrica a lo que entra ahora, hay una diferencia casi tan grande como de la noche al día —dijo Riván, no menos serio que la muchacha—. Yo no hago más que preguntarme dónde mete el Gobierno todo el dinero que nos saca.

—Pues no parece que haga gastos extraordinarios —dijo un hombre de unos treinta y tantos años y aspecto agradable—. Pero, sí, tenéis razón, la comida es cada día peor y no digamos del precio.

—Diríase que trata de crear un gran ejército. ¿Para qué quieren soldados, si la paz en Shaddom-S es absoluta?

—¿Un ejército? —exclamaron varias voces a la vez.

—Eso es lo que se dice por ahí —respondió Riván—, y para mí, debe de ser cierto, porque, si no, no se explica la calidad tan mala de los alimentos y el precio tan elevado. ¿Adónde va a parar ese dinero?

—Creo que tiene razón, amigo —dijo el hombre joven—. Algo deben de esconder esos pillos de primeros ministros.

—Pillos, ésa es la palabra exacta. Y si no, díganme todos, ¿por qué no cubren el cargo de primer primer ministro?

Sonaron algunas voces aprobatorias. La gente empezaba a discutir los temas propuestos por Riván y eso era bueno, pensó el terrestre.

El hombre joven se le acercó.

—Me llamo Benm Sugt —se presentó—. Tendría un gran placer en comentar contigo algunos aspectos

de lo que está sucediendo. En mi casa, por supuesto.

Riván sonrió.

—Será un placer, amigo Benm —dijo—. Yo soy Kcaj Navir. Ella es mi esposa Sydle, Riwr de soltera.

—Encantado, amigos. Venid por casa cuando gustéis. Vivo en el 873-E, undécimo, séptima.

—Iremos cualquier rato de éstos, te lo aseguro —se despidió Riván.

—Adiós, Benm —dijo Eldys.

Salieron a la calle. Riván sonrió.

—Nadie reconocería nuestros nombres, pronunciándolos a la inversa —dijo.

Ella rio suavemente.

—He de reconocer que tienes inventiva, Jack —contestó.

—Preciosa, no es por haceros de menos ni por enorgullecerme de mi origen. —Riván había contado ya a la muchacha numerosos detalles de la Tierra—. Jamás fui espía en mi planeta, de modo que me falta experiencia; pero me da la sensación de que vosotros sois bastante ingenuos en ese aspecto.

—¿Tú crees? —preguntó ella, dubitativa.

—Vamos a ver. Aquí están armando un fenomenal ejército, compuesto, como mínimo, por veintitantos millones de soldados. ¿Tú crees que tantos soldados pueden esconderse fácilmente? Cien mil, doscientos mil, hasta un millón, podrían situarse en algún lugar secreto…, pero no veinticuatro millones.

»Además, ese ejército debe ser alimentado y equipado. ¿Dónde se fabrican las armas y los víveres y toda suerte de pertrechos que necesitan tantos

millones de soldados? ¿Y las naves? ¿Y las armas pesadas que habrán de utilizar en su invasión?

—Demasiadas preguntas —se quejó Eldys, aturdida,

—¿Te las has formulado alguna vez a ti misma?

Ella se mordió los labios.

—Eres justo cuando dices que somos unos ingenuos en el arte de espiar —contestó, avergonzada.

—No te preocupes —dijo él, agarrándola confianzudamente por un brazo—. En alguna parte deben de saber muchas cosas acerca de ese monstruoso ejército. En alguna parte deben de existir unos archivos con infinidad de detalles sobre esa colosal tropa, que habría hecho las delicias de Gengis-Khan.

—Bueno, en el palacio de gobierno hay una sección de personal o algo parecido…

—Vamos allá —decidió Riván de pronto.

—¿Así, como estamos? —receló ella.

—Las cosas, en caliente, como se dice en mi planeta —contestó el joven.

—Bien, como quieras, pero… dime, ¿quién era Gengis-Khan?

Riván se echó a reír.

—Un famoso conquistador terrestre, que allí tiene fama de feroz, pero que, comparado con estos primeros ministros, sería una infeliz avecilla.

* * *

El edificio del gobierno le pareció a Riván mucho

mayor de lo que había creído. Era una construcción de un colosalismo faraónico, apreció, incluso con los pisos superiores en forma de pirámide. Cada piso era un enorme peldaño, que terminaba en una gran cúpula semiesférica, transparente, situada a ciento cincuenta metros del suelo.

—Allá arriba, en la cúpula, tienen lugar las reuniones de los primeros ministros —indicó Eldys.

—¿Y sus residencias?

—Algunos viven en el propio palacio. Otros residen en casas privadas. Su cargo les da derecho a ello.

—Interesante —murmuró Riván, cuando se adentraban en el túnel que conducía al gran patio interior.

Había numerosos soldados, pero su ocupación principal era charlar, sin importarles en absoluto los visitantes que entraban y salían.

—El paraíso de los espías —dijo Riván, cuando salían al patio, en el que había numerosos vehículos tipo torpedo, como el que ya habían utilizado en una ocasión

Pasaron al otro lado. Eldys se encaminó hacia un ascensor.

—Subiremos al piso veintiocho —dijo—. Allí están los archivos militares.

—Buena idea.

Esperaron unos momentos. Los indicadores señalaban que el ascensor estaba en viaje hacia abajo.

La puerta se abrió de pronto. Un hombre salió, al parecer con mucha prisa, y tropezó con cierta violencia con Riván.

—Cuidado, amigo —dijo el joven—. Se va a caer.

—Apártese, idiota —barbotó el capitán Hhud.

CAPÍTULO VIII

Riván estuvo a punto de contestar una barbaridad, pero se contuvo a tiempo. Dejó pasar al iracundo oficial y luego empujó a la muchacha hacia el ascensor.

Hhud dio unos cuantos pasos más. De repente, se quedó clavado en el suelo.

Un segundo después, giraba sobre sí mismo y se precipitaba hacia Riván.

—¡Alto! —chilló—. Maldito espía…

Eldys lanzó un grito de susto. Riván giró en redondo.

Hhud sacaba ya una pistola. El pie de Riván actuó con fulgurante contundencia y el arma voló por los aires.

—Debí de haberme puesto un bigote —mascullό, mientras golpeaba sañudamente la mandíbula del shaddomita.

Hhud se desplomó, fulminado. Un pequeño revuelo se organizó inmediatamente en aquel vestíbulo.

—Ya no podemos ir al archivo —se lamentó Eldys.

—Volveremos otro día —gruñó él, a la vez que corría hacia la salida, tirando de la mano de la muchacha.

La intentona había fracasado, se dijo, mientras bajaban las escaleras que conducían al patio.

Los soldados empezaban a moverse. Riván se dio cuenta de que esta vez no conseguirían escapar.

Cerca de él había un torpedo de seis plazas. Se

acercó al aparato, dio el contacto y movió la palanca a máxima velocidad, a la vez que la situaba en posición de giro suave a la izquierda.

El aparato partió como un bólido, atropellando cuanto se le ponía por delante. Sonaron gritos de terror.

Un torpedo entraba en aquel momento, tripulado por tres hombres. El impacto le hizo dar una tremenda voltereta, lanzando a sus ocupantes por los aires, pero el primer vehículo continuó su marcha devastadora en círculo, chocando con otros torpedos y causándoles importantes desperfectos.

El aparato parecía obedecer a un impulso sin fin. De pronto, Riván se dio cuenta de que empezaban a situarse en aquella ruta destructora.

—Al suelo —gritó.

Eldys obedeció prestamente. En el mismo momento, Riván se dio cuenta de que, a dos pasos, había una mujer, que parecía haberse quedado petrificada por el terror.

Riván saltó de ella y la derribó, apenas un segundo antes de que el torpedo pasara rugiendo sobre sus cabezas, a menos de medio metro del suelo. De repente, el torpedo llegó a las escaleras y empezó a remontarlas, dando espantosos botes, a la vez que emitía unos chillidos aterradores.

La confusión era espantosa. El torpedo penetró en el vestíbulo y chocó de frente contra un muro. Se oyó un tremendo estampido y los motores del aparato se desconectaron.

Riván se puso en pie. Con el rabillo del ojo vio que

Eldys se incorporaba igualmente. La mujer a la que había derribado empezaba a levantarse y él la ayudó cortésmente.

—Gracias, amigo —dijo ella—. Me ha salvado usted la vida.

—Oh, no ha tenido importancia, señora —sonrió Riván—. Algún descuidado ha dejado el contacto de su vehículo conectado y…

—Haré que lo castiguen —dijo la mujer—. Soy Vyea, séptima primer ministro.

Riván dio su falso nombre y el de la muchacha. Vyea, apreció Riván, era una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, rostro seductor y figura escultural.

—Si un día necesitas algo de mí, pídemelo sin vacilar —dijo Vyea.

Riván se inclinó.

—Me conformo con haber salvado la vida de un primer ministro —contestó.

Varios guardias acudían hacia Vyea. Uno de ellos ostentaba insignias de oficial.

Riván juzgó que lo más conveniente era desaparecer de allí. La confusión no se había disipado todavía.

Al favor del alboroto, que aún duraba, consiguieron ganar la calle y alejarse del palacio, con el amargo sabor del fracaso en su ánimo.



Sugt se mostró agradablemente sorprendido de ver

a la pareja en la puerta de su casa. Sonrió y se echó a un lado para dejarlos entrar.

—Celebro vuestra visita —dijo—. Mi esposa vendrá ahora.

La vivienda, observó Riván, era de una sobriedad casi espartana, si bien no faltaba en ella lo más imprescindible. Pero todo tenía una tosquedad y una falta de gusto, que hería considerablemente el ánimo de un hombre amante de la estética.

La esposa de Sugt se llamaba Lyda y era una agradable mujer de unos treinta años. No tenían hijos y, según dijeron, trabajaban juntos en una tienda de elementos de comunicación.

—Hemos estado discutiendo lo que oí esta mañana en el restaurante —dijo Sugt—. Nos cuesta mucho creer que el Gobierno esté armando un ejército en secreto.

—Yo no lo he asegurado —manifestó Riván—. Simplemente, me he limitado a expresar una sospecha. Porque, si no es para eso, ¿por qué cobran tantos impuestos? ¿Por qué, en dos años, ha subido el Gobierno tanto el precio de los alimentos? ¿Adónde va a parar ese dinero?

—Podrías hacer una cosa, Benm —dijo Lyda de pronto.

—Habla, querida —pidió Sugt, volviéndose hacia su esposa.

—Pasado mañana es la emisión semanal de preguntas sobre temas públicos. ¿Por qué no te inscribes para formular la tuya?

—¿Qué emisión es ésa? —quiso saber Riván.

—Una vez a la semana y durante toda una tarde, los ciudadanos pueden hacer preguntas sobre asuntos públicos. Cinco representantes del Gobierno contestan e informan sobre los temas de los que se desean detalles.

—No está mal. Pero, ¿contestan a todo?

—Si en ese momento se carece de información, la respuesta se envía más tarde al solicitante. La pregunta puede hacerse desde el propio domicilio. Mira, ahí tengo mi televisor, con cámara que me conecta directamente con los estudios.

—Todos los espectadores le verán y oirán, como nosotros veremos y oiremos a los que hagan preguntas —añadió Lyda.

—Una emisión muy interesante. Prometo asistir —sonrió Riván.

El televisor estaba funcionando, aunque, a juzgar por lo que se veía en la pantalla, se trataba de una emisión de vulgarización científica. El programa terminaba en aquel momento.

Un locutor anunció se iban a dar noticias. A Riván le interesaba conocer cómo funcionaba la televisión en aquel planeta.

Las noticias no tenían interés excesivo. Sí se informó de lo ocurrido en el palacio del gobierno, con abundancia de detalles. El locutor dijo que un desconocido había salvado la vida de la séptimo primer ministro, Vyea de Vybb. La ministro había prometido otorgarle una recompensa.

—A lo mejor te nombra su secretario —rio Sugt— Pero ten cuidado con ella; es muy atractiva.

Aquellas palabras hirieron la mente del terrestre. De momento, no dijo nada, pero no tomó nota mental de las frases pronunciadas por Sugt.

De pronto, el locutor dijo:

—Cumplimos el triste deber de informar un fracaso científico. El Intramar ha resultado no explotable, debido a la impotabilidad de sus aguas y a los numerosos gases que éstas desprenden. Largos años de trabajos e investigación se han perdido…

—¿Qué es el Intramar? —preguntó Riván, lleno de curiosidad.

—Hace muchos años, unos exploradores descubrieron un mar interior, situado a unos catorce kilómetros de profundidad. Se creyó que podría resultar de utilidad para el planeta, pero, por lo visto, no ha sido así —explicó Sugt.

Eldys estaba silenciosa. Riván se volvió hacia ella

—Tenemos que irnos —dijo.

—Sí, como quieras.

Minutos después, se despedían de Sugt y su esposa, prometiendo asistir a la emisión de preguntas al Gobierno. Una vez en la calle, Riván comentó:

—Te he visto muy pensativa, Eldys. ¿Es que te preocupa algo en particular?

—Sí —respondió ella—. Se me había ocurrido una idea, pero no quise decir nada delante de los Sugt. ¿Sabes?, creo que resultaría interesante una visita a Renoo, tercer primer ministro. Vive fuera del palacio, en una residencia privada, pero, sobre todo, tiene la buena cualidad de ocuparse de los asuntos de suministros de víveres a la población.

—¿Civil y militar? —preguntó Riván.

—Toda la población —confirmó Eldys, enfáticamente.



La casa estaba solitaria en medio de un jardín formado por plantas de acusado exotismo. Había luces en algunas de las ventanas y los dos jóvenes se acercaron cautelosamente al edificio, hasta situarse al pie de uno de los muros.

Un hombre trabajaba en una especie de pupitre alto, como tablero de dibujante, de gran tamaño, trazando rayas y signos sobre lo que parecía un plano que apenas si cabía en el tablero. Riván se felicitó mentalmente de haber sido sometido al aprendizaje intensivo del lenguaje shaddomita, porque ahora podía entender no sólo lo que se hablaba, sino lo que se escribía.

El plano tenía también parte de gráfica estadística. Riván vio que estaba dividida en varias partes, de distintos colores. Una de ellas permanecía inalterable, en tanto que en las otras se divisaban diferentes alternativas, que supuso debidas a las oscilaciones demográficas del planeta.

Eldys le tocó de pronto en el hombro. Riván asintió.

La ventana estaba abierta. El joven se coló en el interior sin vacilar.

Renoo oyó ruido y se volvió en el acto.

—Eh, oiga, ¿qué hace aquí, en mi casa? —exclamó,

muy irritado.

Riván conservaba todavía el tubo paralizante.

—Si grita, le convertiré en una estatua —amenazó.

El tercer primer ministro se puso rígido. De pronto, vio a la muchacha.

—La traidora —dijo.

—No a mi planeta —alegó Eldys.

—Les creí muertos...

—Información defectuosa —rio el terrestre—. En cambio, usted nos la va a proporcionar fidedigna y con todo género de detalles.

Renoo arqueó las cejas.

—No entiendo —dijo.

—Trata de hacerse el tonto, pero los tontos no llegan nunca a primeros ministros —exclamó Riván—. La información que deseamos se refiere a los alimentos necesarios para veinticuatro millones de personas.

—Mucha comida es —contestó Renoo, fríamente.

—La que necesita un ejército de invasión.

—¿Ejército de invasión? Nunca he oído hablar de una cosa semejante. ¿Y a quién vamos a invadir, pueden decírmelo?

—A mi planeta —terció Eldys, hoscamente—. Es cosa sabida, de modo que negarlo sería absurdo.

Riván se acercó al tablero y puso la mano sobre el sector en el que los signos y las cifras estaban hechos con trazos negros.

—Es la única sección del plano que permanece inalterable —dijo—. Precisamente, la destinada a calcular el avituallamiento de veinticuatro millones de soldados.

CAPÍTULO IX

Riván observó una ligera crispación en la cara del tercer primer ministro. Renoo se había separado un tanto del tablero y tenía la mano apoyada sobre una mesa contigua.

—He dicho la verdad —rio el joven—. Su expresión le delata, Renoo.

—¿Por qué quieren invadir mi planeta? —preguntó la muchacha, adelantando el pecho agresivamente.

—Ellos no les han hecho nada. ¿Qué interés tiene Glowyr-G para ustedes? —quiso saber Riván.

De pronto, Renoo se echó a reír.

—¿Creen que veinticuatro millones de soldados se pueden esconder tan fácilmente? —dijo en tono de burla—. En Shaddom-S hay unos doscientos millones de habitantes. ¿De dónde íbamos a sacar una fuerza tan numerosa, sin que la gente empezase a quejarse?

—¿Acaso ustedes les permiten quejarse?

—Por lo visto, usted no ha presenciado nunca una emisión de preguntas públicas al Gobierno.

Riván se quedó un tanto cortado.

—En alguna parte están escondidos esos soldados —insistió Eldys—. Yo lo oí muy claramente en uno de los consejos de ministros.

—¿Mencionaron claramente la palabra soldados? —preguntó Riván.

—Dijeron ejército y guerreros, que es lo mismo. Y mencionaron también las naves y comentaron algo sobre los planes de invasión.

Riván miró al ministro.

—Ya ha oído —dijo—. Ella no miente.

Renoo se encogió de hombros.

—Aunque fuese cierto, no diría nada —contestó.

El tubo paralizante apuntó a Renoo.

—Dispararé una descarga y usted se quedará inmóvil —amenazó.

—Y yo le empujaré para que caiga al suelo y se quiebre como si fuese una estatua de vidrio —añadió Eldys—. Lo peor para usted es que lo verá y lo sentirá, porque los rayos no paralizan la facultad de pensar. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Renoo estaba muy pálido.

El terrestre empezó a pensar que iba a ceder. Pero, de repente, se abrió la puerta y dos soldados penetraron en la estancia.

—¿Llamó, señor? —preguntó uno de ellos.

* * *

Riván se dio cuenta inmediata del gravísimo peligro que corrían. Los soldados, sin duda, habían acudido a una llamada de Renoo, efectuada, no cabía la menor duda, con absoluta discreción. El joven pensó en la mano que Renoo había tenido apoyada sobre la mesa.

Pero era preciso actuar. Disparó el tubo y los dos soldados se quedaron instantáneamente convertidos en estatuas.

Casi en el mismo instante, Riván recibió un terrible golpe en la mano. El tubo paralizante saltó por los

aires.

Furioso, se volvió, pero Renoo le asestó un terrible empellón, tirándole encima de la muchacha.

Los dos jóvenes rodaron por el suelo. Eldys chilló.

Riván se puso en pie de un salto. Cuando quiso recobrarse, Renoo había desaparecido en el jardín.

—Vamos, Eldys, tenemos que irnos —dijo.

La muchacha no se hizo de rogar. Salieron a través de la ventana y echaron a correr.

—No lo hemos hecho muy bien —se quejó ella amargamente.

—Debíamos haber pensado en la escolta —masculló Riván—. Era tonto creer que un primer ministro no tendría guardias de «corps».

De nuevo les invadió el sentimiento de fracaso. Riván empezó a pensar en emigrar de aquel planeta al que había llegado sin ganas y en el que podía dejarse el pellejo en cualquier momento.

—Eldys, en caso de que se te pongan mal las cosas, ¿tienes cubierta la retirada? —preguntó.

—Si ella ocurriera, solicitaría auxilio a mis jefes, Pero tendría que aguardar a que vinieran a rescatarme,

Riván se pegó una palmada en la frente.

—¡Lo que nos faltaba! —gimió.

* * *

Las preguntas resultaban interesantes en ocasiones. Otras, sin embargo, eran muy aburridas. Algunas, pensó Riván, mientras contemplaba la emisión, eran

realmente estúpidas.

Los cinco representantes del Gobierno estaban sentados en un estrado, situado frente a las cámaras de televisión. Las respuestas, por lo general, solían ser correctas y concisas. Algunas veces, sin embargo, quedaban reservadas para información directa al interesado.

De pronto, el locutor dijo:

—Turno del ciudadano Benm Sugt.

Riván y la muchacha contemplaron la pantalla con renovado interés. Ambos estaban en la cueva del lago, a la que se habían retirado para descansar unas horas, después de las peripecias de los días anteriores.

El rostro de Sugt apareció en la pantalla.

—Deseo información sobre el ejército de veinticuatro millones de soldados que se está alistando sin conocimiento de la población —manifestó.

La sorpresa entre los hombres del Gobierno fue evidente. Uno de ellos, sin embargo, contestó:

—No sabemos nada acerca de lo que ha dicho el solicitante.

—Los impuestos han subido, los precios han subido. La calidad de los alimentos se ha deteriorado considerablemente. ¿Adónde va a parar el dinero que obtiene el Gobierno de esta forma tan poco considerada para con los ciudadanos?

—Pregunta denegada —contestó uno de los funcionarios.

—¿No la quieren contestar? —dijo Sugt.

El representante hizo un gesto con la mano.

—La actitud del ciudadano Sugt es ofensiva para el

Gobierno —declaró el locutor—. Se le retira la línea de comunicación con la emisora.

La cara de Sugt desapareció de la pantalla en el acto.

Riván torció el gesto.

—Bonita manera de aclarar dudas —mascculló.

Eldys se sentía desolada.

—No conseguiremos nada —dijo.

—Todavía no me doy por vencido. ¿Cómo te encuentras, Eldys?

—Un poco cansada, a decir verdad.

Riván sonrió.

—Entonces, quédate. Espérame veinticuatro horas —pidió.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, extrañada.

—Lo sabrás a la vuelta —contestó él.

—Pero, ¿es que no me puedes decir…?

—Preciosa, voy a hacer una visita. Lástima no se me haya ocurrido antes, porque nos habríamos ahorrado el mal rato que pasamos en casa de Renoo. Pero esa visita compete a un hombre solo.

Y, sin más, antes que ella pudiera decir algo, Riván corrió a la orilla y se zambulló de cabeza en las aguas.

Momentos más tarde, nadaba ya en la superficie. Alcanzó la orilla y, después de sacudirse como un perro, se lanzó hacia el torpedo que les había llevado hasta su escondite.

Unos minutos después, partía a toda velocidad hacia la capital.



Ya estaba seco cuando llegó a la casa de Sugt. Llamó a la puerta y Lyda salió a recibirle.

—Hola, Kcaj— saludó, dándole el nombre falso que Riván había decidido usar por el momento—. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí, necesito conocer una dirección. ¿Está Benm en casa?

—Aquí me tienes —dijo el aludido, de pronto.

—Hola, Benm —saludó Riván—. He visto la emisión de preguntas al Gobierno.

—En tal caso, ya conoces las respuestas a las que yo he formulado —dijo Sugt.

—Sí. Y ello confirma nuestras sospechas. Están armando un poderosísimo ejército. Pero por alguna razón que desconocemos quieren ocultarlo al pueblo.

—Es cierto —intervino Lyda—. ¿Qué es lo que se proponen?

Riván se encogió de hombros.

—Nada bueno, estoy seguro de ello —contestó—. Pero creo que puedo averiguarlo con relativa facilidad.

—¿Cómo? —quiso saber Sugt.

—Necesito una dirección, eso es todo —sonrió el terrestre, con expresión enigmática.

—No es difícil. Dime el nombre de la persona y, a ser posible, su cargo, empleo o puesto de trabajo —solicitó el shaddomita.

Riván dijo el nombre y su cargo. Sugt levantó las cejas.

—Picas alto —comentó.

—Si se quiere conseguir una cosa de importancia, es preciso recurrir a una fuente que proporcione sin

error la información necesaria.

Sugt sonrió comprensivamente.

—Espero que consigas lo que deseas —dijo, unos minutos después, en el preciso instante en que sonaban unos fuertes golpes en la puerta.

Riván frunció el ceño.

—¿Esperas a alguien, Benm? —preguntó.

—No, en absoluto.

Los golpes se repitieron. Sonaban fuertes, como si el que llamaba se sintiese impaciente.

Riván quiso extender la mano. Lyda se disponía ya a abrir. Trataba de recomendarle prudencia, pero ya era tarde.

Una figura conocida apareció en la puerta.

—¿Vive aquí el ciudadano Benm Sugt? —dijo el capitán Hhud.

—Yo soy —contestó el aludido.

—Está arrest…

Hhud se interrumpió de pronto. Su cara se deformó en una mueca de cólera.

—¡El espía! —gritó—. ¡Detenedle!

Hhud había llegado acompañado de varios soldados. Durante unos instantes, sus hombres permanecieron indecisos.

Sabían que habían ido a arrestar a determinada persona, pero no se esperaban un cambio tan súbito de órdenes. Antes de que pudieran poner en ejecución el mandato de su oficial, Riván se disparó hacia adelante con todo el impulso de su poderosa musculatura.



Noventa kilos de peso alcanzaron de lleno el pecho de Hhud, lanzándolo hacia atrás con tremendo golpe. Un par de soldados rodaron por el suelo, confundidos con el oficial.

Dos más se arrojaron contra Riván. El joven los rechazó con un demoledor contrataque de sus puños. Se oyeron chasquidos de huesos rotos y gruñidos de dolor.

Una pistola cayó al suelo. Riván se apoderó de ella sin vacilar.

La sorpresa le permitió escapar hacia la rampa en espiral que permitía el acceso a los pisos. Había ascensor, pero juzgó que meterse en él era encerrarse a sí mismo en una trampa mortal.

La rampa era espaciosa. Riván descendió a todo correr. Arriba sonaban gritos de furor.

—¡Disparadle! —chilló Hhud.

Una fenomenal explosión sonó en el tramo superior. Los cascotes volaron por todas partes. La rampa quedó cortada en un tramo de diez o doce metros.

Riván se detuvo un momento. Elevó la mano y disparó un poco al azar.

Parte del rellano del undécimo piso desapareció con la explosión. Un cuerpo humano descendió volteando por el hueco central de la espiral. Su alarido sonó con trémolos horripilantes, hasta el momento del choque final contra el pavimento del vestíbulo.

Otro hombre gritó, lleno de pánico.

Era Hhud. El suelo había fallado bajo sus pies, pero, en el último instante, había conseguido asirse al

borde y estaba colgado de las manos, a una altura de casi cuarenta metros.

—Ayudadme, imbéciles —gritó.

Los guardias, desconcertados, no sabían a quién acudir. Riván disparó de nuevo, ahora en vertical. La explosión se produjo en el último piso y los cascotes llovieron sobre Hhud y sus guardias.

Hhud se desgañitaba gritando en todos los tonos. Riván aprovechó la ocasión y llegó al vestíbulo.

Instantes después, salía a la calle. Montó en el torpedo y arrancó a toda velocidad.

Atardecía ya. Riván se dijo que la noche habría llegado cuando él alcanzase su objetivo.

Para la visita que pensaba hacer, la noche era lo más conveniente.



La dama vestía con gran elegancia una especie de túnica hecha de sutiles gasas doradas, que transparentaban casi por completo el espléndido cuerpo que cubrían. Vyea se contempló satisfecha en el espejo.

Alguien, inesperadamente, preguntó:

—¿Vas a alguna fiesta?

Vyea se volvió, sorprendida. Sentado en el alféizar de la ventana había un hombre, que la contemplaba con la sonrisa en los labios.

—A ti te conozco yo —dijo la séptimo primer ministro.

—Cierto. Me molesta recordar ciertas cosas, pero

te salvé la vida.

—Ah, el audaz y arriesgado individuo que se olvidó de mi condición de séptimo primer ministro y me tiró al suelo sin contemplaciones.

—Yo pretendía salvar solamente a una persona, mujer y hermosa por añadidura. Lo hubiera hecho igualmente con otra cualquiera, créeme.

—Pero salvaste mi vida y eso es lo que importa. ¿Puedo servirte en algo?

—Antes te he hecho una pregunta. Aún no me has contestado, señora.

Vyea le miró especulativamente.

—Me han invitado a una fiesta, en efecto —contestó.

—Lástima —suspiró Riván.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Yo había venido a visitar a una hermosa mujer. Tendré que irme como he venido.

—Pero, ¿qué es lo que quieres de mí? Todavía no me lo has dicho. Soy agradecida y deseo recompensarte por lo que hiciste en mi favor.

—¿Vas a darme dinero? ¿Algún cargo importante? ¿Crees que he venido sólo por esa clase de recompensas?

—Bien, si no te explicas un poco mejor... Por cierto, no recuerdo tu nombre. Tengo una memoria pésima —se disculpó Vyea, sonriendo.

—Kcaj Navir —contestó el terrestre—. Pero puedes llamarme Dusty —añadió, recordando un apodo de sus tiempos de estudiante.

—Está bien, te llamaré Dusty. Dime qué es lo que

quieres de mí. Trataré de complacerte.

—¿De veras? —Riván abandonó el alféizar de la ventana—. Cuando te salvé la vida, lo hice en primer lugar porque eras una persona. Luego vi que eras mujer, joven y muy bella.

Avanzó hacia Vyea, que le contemplaba críticamente.

—Y eso es lo que me importa —añadió él—. Tu cargo me tiene sin cuidado; no me interesa en absoluto. Sólo me interesa la mujer.

Estaban ya muy juntos, peligrosamente cercanos el uno de la otra. Vyea echó la cabeza hacia atrás.

—¿Es cierto que sólo yo te intereso? —preguntó.

—¿Me dejas probártelo?

Vyea titubeó.

—Llegaré tarde a la fiesta —se quejó—. Me haces sentirme terriblemente... sin fuerzas. Eres muy persuasivo, Dusty.

—¿Se romperá alguna tradición si faltas a esa fiesta? ¿Quebrantarás algún protocolo social?

—No, es una invitación particular...

—Entonces, fiesta por fiesta, elige otra infinitamente más agradable.

—Mucho confías en ti, Dusty...

* * *

—Me has sorprendido sin nada a mano para obsequiarte —dijo Vyea más tarde, arreglándose ante un espejo su revuelto cabello—. Pero eso tiene remedio fácil.

—¿Te parece poco obsequio el que me has hecho? —sonrió Riván, contemplándola desde un cómodo butacón.

Vyea le dirigió una enigmática mirada.

—Aguarda un momento, por favor —rogó.

Cruzó la estancia y puso un dedo sobre determinado punto de una mesa. La puerta se abrió segundos más tarde y un hombre entró en la habitación.

Riván se puso en pie de un salto.

—¡Demonios! —exclamó.

—¿De qué te asustas? —sonrió ella—. Es sólo un robot. Tráenos vino —ordenó a la máquina, cuya apariencia humana era perfecta.

—Sí, señora.

El robot se retiró.

—Creí que emplearías otra clase de... servidumbre —observó Riván.

—No me gustan los seres humanos para cierta clase de trabajos, al menos relacionados conmigo. Tengo tres robots y ellos se encargan de la casa.

—Entonces, vives sola.

—¿No lo has visto? —sonrió ella, maliciosamente.

—Pensé que... Tu esposo...

—Estuve casada. El murió hace diez años. Exploraba el Intramar.

—Y no has vuelto a tentar la suerte.

Vyea se encogió de hombros.

—Prefiero, por ahora, mi estado actual —contestó.

El robot entró con una bandeja bien provista.

—Retírate —ordenó Vyea.

—Sí, señora —contestó la máquina, con impersonal voz metálica.

Volvieron a quedarse solos. Vyea llenó dos copas.

—Por el hombre que ha asegurado haría mejor quedándome en casa que acudiendo a la fiesta —dijo.

—La demostración apenas si ha empezado —sonrió Riván—. Por cierto —añadió, con acento intrascendente—, todavía no sé siquiera de qué asuntos se ocupa tu Ministerio.

—¿Te interesa mucho?

—¡Pse! Mera curiosidad, Vyea.

—En honor a mi esposo muerto, se me concedió el departamento geográfico. Es el Ministerio menos... comprometido técnica y políticamente —contestó ella.

—Ah, comprendo. ¿Has estado alguna vez en el Intramar?

—Llegué hasta la boca de uno de los ascensores. Bajar a catorce kilómetros de profundidad, por muy bello que sea el espectáculo, no es cosa que me seduzca especialmente.

—Comprendo. Ya ves, en eso nos diferenciamos —sonrió Riván—. A mí me gustaría ver esa maravilla geológica.

—Si lo deseas, te entregaré un pase cuando me lo pidas.

—Quizá lo haga, en efecto.

—Por cierto —observó Vyea—, todavía no me has dicho cuál es tu especialidad, Dusty.

—Soy ingeniero —contestó él—. Pero ahora estoy sin trabajo.

—¿Es posible?

Riván hizo una mueca.

—Tenía un puesto muy rutinario. Me aburría y lo envié todo al diablo —explicó, ficticiamente.

—Entonces, ¿qué es lo que te gusta?

—Si te digo la verdad, te reirás de mí.

—Vamos, habla —pidió Vyea—. Todos tenemos nuestras aficiones particulares, Dusty.

—Eso es cierto. Bien, lo que a mí me gustaría es mandar un batallón de soldados o un regimiento y tomar parte en una campaña, guerreando contra el enemigo hasta derrotarlo por completo…; pero no es más que una ilusión. Estas cosas no pasan ahora en Shaddom-S.

Vyea le contempló en silencio durante unos instantes.

—Estoy segura de que serías un buen oficial —dijo al cabo.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres audaz, valiente y sabes atacar al enemigo, sin pensar demasiado en las consecuencias. —Ella le dirigió una mirada llena de malicia—. Lo sé por propia experiencia.

Riván se acercó nuevamente a Vyea.

—Cuando se emprende una campaña, es preciso proseguirla sin descanso hasta conseguir la total rendición del adversario —dijo.

Los brazos de Vyea rodearon de nuevo el cuello de su visitante.

—Creo que yo ya estoy derrotada por completo —suspiró.

CAPÍTULO X

Los ojos del capitán Hhud estaban fijos en el instrumento que tenía ante sí.

La aguja del telesismógrafo se movía regularmente, trazando líneas de alternativas iguales o con variaciones muy pequeñas. El aparato, pilotado por uno de sus hombres de confianza, sobrevolaba lentamente el terreno.

Otro oficial viajaba junto a Hhud. Detrás de ellos, media docena de soldados armados estaban en disposición de actuar, apenas recibiesen la orden pertinente.

—Tiene que ser como yo digo —masculló Hhud de pronto—. Les creímos muertos, pero fueron muy hábiles al abandonar su torpedo antes de que se hundiera en las aguas. Todo el mundo pensó que ellos habían sido despedidos, ahogándose después en el lago, pero no fue así. Están escondidos bajo la tierra; probablemente, en una cueva cuya boca se halla bajo el nivel de las aguas.

—Bien, señor, es una teoría muy ingeniosa; pero, suponiendo que se compruebe, ¿cómo los hará abandonar su refugio?

Hhud sonrió ladinamente.

—Lo sabrá en seguida, teniente Nomh —contestó.

La aguja del sismógrafo dio de pronto un pequeño salto.

—Cuidado —exclamó Hhud—. Vuele a mínima velocidad, piloto.

—Sí, señor.

El aparato parecía casi suspendido sobre el suelo, a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

Hhud dijo:

—Hay indicios de una oquedad en el suelo, a quince metros de la superficie... ¡Ah, ahí está! —exclamó de repente—. Piloto, suspéndase a cien metros de la vertical.

—Bien, señor.

El aparato se elevó perpendicularmente al suelo.

—Teniente, dispare un proyectil sísmico a mínima potencia —ordenó Hhud cuando hubo alcanzado la cota deseada.

—Al momento, señor —respondió Nomh.

Algo bajó con cierta lentitud de los aires y se estrelló contra el suelo. Una pequeña nube de humo y polvo subió a las alturas.



Dentro de la cueva se percibió una espantosa trepidación. Eldys dormía apaciblemente y la vibración del suelo la arrojó fuera de la cama.

La muchacha quedó medio acuclillada, mirando instintivamente hacia arriba. De pronto, se reprodujo el fenómeno y parte del techo de la cueva se hundió con espantoso fragor.

Eldys ya no se lo pensó dos veces. Se puso en pie, corrió velozmente unos cuantos metros y se tiró de cabeza al agua, justo en el momento en que la cueva terminaba de hundirse totalmente.

Las ondas de choque agitaron el agua con violencia y Eldys se sintió fuertemente zarandeada. Continuó nadando, sin embargo, y pocos momentos después divisó la claridad que le anunciaba la cercanía de la salida.

Arriba, a veinte metros ya, Hhud lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ahí está la espía! —gritó—. ¡Atrápela, teniente!

Nomh dio una orden y el aparato bajó diez metros más. Casi en el acto, algo salió disparado de su vientre.

Una especie de tenazas agarró a la muchacha por la cintura. Eldys forcejeó por librarse de la sujeción de aquel diabólico artefacto, pero todo fue inútil.

El cable se enrolló de nuevo. Momentos después, Eldys cruzaba una escotilla.

Cuatro fuertes manos la sujetaron, sin concederle posibilidades de escapatoria. Todavía chorreando agua, Eldys miró fieramente al hombre que se acercaba a ella, con la sonrisa en los labios.

—Como verás, hemos podido contigo —dijo Hhud —. Tarde o temprano, tenías que caer en nuestras manos.

Ella sacó el pecho con gesto desafiante.

—Si muero, lo haré por mi planeta —contestó.

Hhud se echó a reír.

—De eso puedes estar segura —dijo—. ¿Dónde está tu cómplice?

—Ha muerto —mintió la muchacha, sin titubear—. Quedó sepultado en la cueva.

—No te creo —dijo Hhud.

—Es cierto...

—Tengo medios para saber si me dices la verdad. Y no te vayas a pensar que son blandos ni mucho menos. Puedo emplear una simple inhalación de gas narcótico y me contarás todo lo que sabes y recuerdas, incluso desde el momento de tu nacimiento. Pero esos métodos, a veces, resultan muy aburridos.

Los ojos de Hhud brillaban de un modo especial. Eldys sintió frío y no sólo porque todavía continuaba con el cuerpo y las ropas mojados.

—Hablarás —añadió Hhud, con perverso acento—, ya lo creo que hablarás. ¡Piloto —ordenó—, regresamos a mi puesto de mando!

—Si, señor.



Antes de apearse de su torpedo, Riván pudo ver, terriblemente consternado, el cráter que aparecía en el sitio donde antes había habido una espaciosa cueva.

Para Riván resultaba un enigma la forma en que se había producido la catástrofe, pero no le preocupaba el suceso, sino sus consecuencias.

¿Había muerto Eldys?

El cráter medía casi veinticinco metros de diámetro por diez o doce de profundidad. Demasiada tierra para intentar excavar sólo con las manos.

Necesitaría una pala mecánica, pero ni siquiera sabía cómo ni dónde conseguirla. Por un momento pensó en Vyea, pero la hermosa ministro no debía conocer su verdadera identidad.

Riván estaba seguro de que Vyea le diría muchas

cosas que ahora ignoraba, pero era preciso no cometer ningún error. Vyea no quebrantaría secretos oficiales si llegaba a conocer su verdadera personalidad.

Una sombra pasó repentinamente sobre su cabeza. Alarmado, giró en redondo y divisó un torpedo de tamaño desusado a pocos metros del suelo.

Riván corrió en busca del suyo, pero algo le alcanzó por la cintura antes de llegar al objetivo. Un segundo después, perneaba frenéticamente al sentirse elevado en el aire.

De pronto, dejó de esforzarse. Alzó la cabeza y vio que era izado hacia un escotillón situado en el vientre del aparato. Dos rostros miraban hacia abajo con curiosidad.

El mecanismo de elevación estaba situado en el techo del torpedo. La trampilla se cerró apenas sus pies hubieron alcanzado el nivel conveniente.

Entonces se soltaron aquellas tenazas y cuatro manos avanzaron hacia él. Riván golpeó con fuerza una mandíbula.

Un hombre cayó al suelo. El otro, sorprendido, gritó en petición de socorro.

Riván le atacó también, derribándolo con un par de buenos golpes. Dos soldados más aparecieron en aquella parte del aparato. Riván cargó con la cabeza gacha.

Era evidente que los shaddomitas no estaban muy acostumbrados a pelear. A Riván le sorprendía la facilidad con que se dejaban vencer.

¿Acaso no les entrenaban para luchar?, se preguntó, mientras usaba sus puños demoledoramente.

Segundos después, cuatro cuerpos yacían inanimados en el suelo. Riván se apoderó de una pistola y corrió hacia adelante.

El piloto había oído ruido de lucha, pero debía mantenerse al cuidado de los instrumentos. Riván le apuntó con la pistola.

—Cuidado —advirtió—, no vuelvas la cabeza.

El hombre demostró una gran estupefacción.

—¿Eres Riván? —preguntó.

—En efecto. Tus compañeros están sólo inconscientes, pero tú podrías morir por dos razones: si no contestas a mis preguntas y si no obedeces mis órdenes a continuación.

—No puedo elegir —se resignó el shaddomita—. ¿Qué quieres?

—¿Ha muerto la chica?

—No. Consiguió escapar a tiempo, pero el capitán Hhud la apresó.

—Un hombre inteligente el tal Hhud —elogió Riván a su pesar—. ¿Qué clase de arma empleó?

—Una bomba sísmica al mínimo de potencia. El telesismógrafo delató un hueco en el terreno y...

—Comprendo. ¿Dónde está ella ahora?

—En el puesto de mando de Hhud. Debe de estar interrogándola. A nosotros nos dio la orden de patrullar esta zona, por si volvías.

—El tipo es listo —masculló Riván—. Por supuesto, tú conoces el puesto de mando de Hhud.

—Sí, pero no te aconsejo que vayas allí. Morirías sin remisión.

—Eso es lo que Hhud querría. Por cierto, ¿cuál es

su cargo? A pesar de que es un simple oficial, parece mandar mucho…

—Es jefe del contraespionaje. Los primeros ministros tienen mucha confianza en él.

Riván recordó la escena contemplada en la pantalla del receptor de UTV del doctor Warnoz. La respuesta del piloto era lógica.

—Sí, tienen mucha confianza en él —admitió Riván—. Por cierto, he podido observar que vosotros, como luchadores, no sois cosa buena. Pero, ¿qué diablos os enseñan en vuestros cuarteles o como quiera que se llamen los centros de entrenamiento e instrucción?

El piloto se encogió de hombros.

—¿Luchar con las manos? ¡Absurdo! Ningún shaddomita se rebajaría a hacer una cosa semejante. Además, desde hace bastantes años no se reclutan a más hombres para el ejército. No sé por qué, pero así es.

Riván se quedó atónito al escuchar aquellas palabras.

¿Era Eldys una mentirosa?, se preguntó.

¿La invasión de Glowyr-G no era una fantasía de una mente poseída por delirios persecutorios?

—He oído hablar de una invasión de Glowyr-G —dijo, tras unos segundos de pausa—. ¿Qué sabes al respecto?

—Lo mismo que tú. Sólo rumores; pero, en todo caso, no sé dónde están los soldados ni las naves que habrían de transportarlos.

Hubo una pausa de silencio. Riván reflexionaba

intensamente.

Y, sin embargo, Eldys, desde su puesto de secretaria de los consejos de ministros, había oído mencionar la invasión de su planeta. Algo había, en efecto, o Hhud no les perseguiría tan enconadamente.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Qué sucedería si yo ahora quisiera entrar en el puesto de mando de Hhud?

—No podrías. El control es rigurosísimo.

—Puedo disfrazarme...

—El capitán en persona, o bien su teniente Nomh, investigan personalmente a todo el que quiere entrar en el puesto de mando. Nos conocen a todos uno por uno y el disfraz no te serviría de nada.

—Un hombre precavido —dijo Riván—. Al menos, puedes indicarme dónde está ese puesto de mando.

—Por supuesto.

Instantes más tarde, Riván tenía el dato deseado.

—Tengo que hacerte una pregunta más —dijo—. ¿Has visto a la chica?

—La estaba interrogando, es todo lo que sé, aunque tengo entendido que ella se resistía.

—Seguramente, la torturará.

El piloto se encogió de hombros.

—Quizá —dijo, ambiguamente.

—Muy bien. Acaso yo tenga el medio de entrar en ese puesto de mando —murmuró Riván, pensando en la hermosa Vyea—. Desciende y haz que el aparato se pose sobre el suelo.

El piloto obedeció. Riván le ordenó a continuación sacar fuera los cuerpos de sus compañeros. Uno de ellos había despertado ya y colaboró en la tarea.

Al terminar, Riván disparó un proyectil contra el torpedo, destrozándole la cabina. Una nube de humo brotó en el acto del aparato.

Inmediatamente, Riván echó a correr hacia su torpedo. Montó de un salto, dio el contacto y partió como un rayo en busca de la llave que, esperaba, le abriría las puertas del puesto de mando de Hhud.

CAPÍTULO XI

La llave, teóricamente, estaba en las blancas manos de Vyea.

Ella le miró sorprendida al verle de nuevo en la ventana.

—¿Otra vez? —preguntó.

—¿Disgustada? —sonrió él.

—Extrañada. Creí que...

—Pensaste que sólo se trataba de un capricho pasajero, ¿verdad?

—Si te he de ser sincera...

Riván saltó al suelo y se acercó a la hermosa mujer. La besó cálidamente y luego se acercó a la mesita donde estaban las botellas y las copas.

—Si he de serte sincero, deseaba estar de nuevo a tu lado —manifestó—. Tengo ganas de charlar contigo, Vyea.

—Me siento halagada —dijo ella—. Y, ciertamente, no mentías cuando dijiste que nuestra fiesta privada resultaría mucho más agradable para mí que la otra.

—Lo celebro —sonrió él, a la vez que le entregaba una copa—. Dime, Vyea, ¿por qué no figuras tú en los consejos de ministros?

Ella se encogió de hombros.

—Ya te dije que me dieron un puesto casi decorativo.

—En honor de tu difunto esposo.

—Así es, Riván.

—¿Lo amabas?

Un velo de melancolía opacó unos instantes los bellos ojos de la mujer.

—Lloré su ausencia mucho tiempo —contestó—. Después...; bien, soy un ser humano, aunque no he tenido un nuevo esposo.

—Comprendo. Pero han pasado ya diez años desde entonces.

—Sí, en cifras redondas así es. Yo tenía entonces solamente veinticuatro años, pero, Dusty, ¿a qué viene todo esto? —se extrañó Vyea.

—Oh, simple curiosidad. Perdóname, querida; he traído a tu mente amargos recuerdos. Hablemos de nosotros mismos; sobre todo, de ciertos problemas que tú podrías ayudarme a resolver.

—¿Estás en dificultades, Dusty?

Riván se alarmó.

—¿Quién ha hablado de dificultades? —exclamó.

—Un problema no resuelto es siempre una dificultad —rio ella—. Dime, ¿qué te sucede?

—Mi prima —mintió él—. Hhud la tiene prisionera.

—¿Por qué?

—Bueno, parece ser que oyó el otro día uno de los programas de consultas al Gobierno y una de las preguntas le intrigó mucho. Hizo unos comentarios en público y, al parecer, a Hhud no le ha gustado mucho. Creo que la ha acusado de enemiga de los primeros ministros o algo por el estilo, pero sólo se trata de una chica irreflexiva. Habla antes que pensar lo que va a decir, ¿comprendes?

—Ya —dijo Vyea—. Pero si Hhud la tiene presa, yo

no podré hacer mucho por ella.

Riván arqueó las cejas.

—¿Es posible? ¿Una primer ministro no puede...?

Vyea suspiró.

—Ya te dije que mi cargo es más bien decorativo, en honor de mi difunto esposo —contestó—. Tengo ciertas preminencias, honores..., me han concedido unos robots como sirvientes, vehículo oficial...; pero, prácticamente, eso es todo. Sinceramente, Dusty, lo que puedo hacer en tu favor es muy poco.

Riván no quiso insistir. A fin de cuentas, Vyea era un primer ministro y shaddomita por añadidura. No convenía tentar demasiado a la suerte.

Probaría de liberar a Eldys por sus propios medios. Un golpe de audacia podría dar buen resultado.

—Te veo defraudado —observó ella, acercándosele insinuante.

—Un poco, pero no te preocupes más por mí. Ah, otra cosa: tengo entendido que sí puedes proporcionarme un pase para visitar el Intramar.

—No habrá dificultades en ese sentido, aunque esta noche no puedo dártelo. Tendrás que ir mañana a mi despacho oficial. Ven a media mañana y ya lo tendrás listo. Dejaré recado de que te permitan entrar apenas llegues.

—Gracias, Vyea.

—Por cierto, aún no sé tu nombre completo...

—Dusty Guhs —contestó Riván, añadiendo al apodo terrestre un apellido completamente imaginario.

—Guhs —repitió ella—. No lo olvidaré, te lo

prometo.

Los ojos de Vyea brillaban de un modo singular.

—Dusty...

Riván enlazó la esbelta cintura de la mujer con sus brazos. Mientras la besaba, pensó que, por el momento, le era absolutamente imposible hacer nada en favor de Eldys. Le gustase o no, tenía que esperar al nuevo día.

Vyea despertó más tarde que de costumbre. Al abrir los ojos, se notó sola en el lecho.

La ventana estaba abierta. Estaría también abierta las próximas noches, se prometió.



El hombre era de mediana edad y tenía dificultades en una pierna, por lo que precisaba de un bastón para ayudarse a caminar. De cuando en cuando emitía una tos cavernosa y se detenía como para tomar aliento.

Nadie le hizo el menor caso. Riván husmeó por distintos departamentos del palacio del Gobierno, sin encontrar lo que buscaba. La mañana avanzaba ya y temía llegar tarde a la hora de la cita con Vyea, fracasado en su intento de rescatar a Eldys.

De pronto, se encontró con una cara que le pareció conocida.

Aquel guardia..., ¿no era uno de los que habían intervenido en el arresto de Sugt y su esposa Lyda?

—Perdona, hijo —habló, con voz carraspeante—. Estoy buscando al capitán Hhud. Hace veinte años yo serví a sus órdenes, cuando él era un simple

subteniente y... Bueno, he venido a la capital y me ha parecido mal irme sin estrechar su mano...

El guardia sonrió.

—Primer sótano, última puerta a mano derecha —informó.

—Gracias, camarada.

—Por allí —señaló una escalera el shaddomita.

Riván pensó que había logrado engañar al guardia. Los adminículos de tocador de Vyea habían tenido buena parte en su maquillaje. El pelo no tenía demasiadas canas, pero no había querido emplear demasiada pintura blanca, a falta de un tinte adecuado, a fin de evitar más de una mirada sospechosa.

Bajó las escaleras, que se perdían en las profundidades del edificio, y encontró el pasillo señalado. Por debajo de él, había aún otros cuatro o cinco sótanos.

Un centinela montaba guardia ante la puerta del despacho de Hhud.

—Anúnciame —dijo Riván, resueltamente, aunque sin abandonar su papel de hombre al borde de la ancianidad—. Me llamo Ragd Tovus, hace veinte años serví con tu capitán y ahora quiero saludarle.

El guardia le miró suspicazmente, pero hizo lo que le decían.

Hhud se mostró no menos extrañado.

—No recuerdo al tal Tovus..., pero hazlo pasar —accedió. Había que cuidar las apariencias frente a los subordinados, la mayor parte de los cuales ignoraban su verdadero cargo.

El supuesto veterano entró en el despacho. Hhud estaba hablando en aquellos momentos a través de un interfono con pantalla visor.

—¿Todavía nada? —preguntó.

—Nada, señor. Se resiste...

—Silencio, tengo una visita. Luego hablaremos en persona.

—Sí, señor.

El despacho de Hhud era amplio, bien decorado, aunque con bastante modestia. Los sagaces ojos de Riván descubrieron una puertecita situada en la pared opuesta, junto a un rincón.

—¿Y bien, Tovus? —dijo Hhud, sonriendo amablemente—. Tengo un gran placer en saludar a uno de mis antiguos subordinados...

El bastón que llevaba Riván se apoyó de repente en el pecho de Hhud.

—Bastará que presione un resorte para que se dispare una aguja de treinta centímetros de largo y uno de grueso. ¡Y lo haré si no ordena que, inmediatamente, Eldys Rwir sea conducida a este despacho! —sonó, terriblemente amenazadora, la voz de Riván.

* * *

Los ojos de Hhud se desorbitaron. El supuesto veterano se enderezó de pronto y recobró su estatura normal.

—Riván —adivinó el shaddomita, con un rugido difícilmente contenido.

—Yo mismo.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Ha entrado vivo, pero sólo saldrá su cadáver —amenazó Hhud.

La contera del bastón hizo presión sobre el pecho del shaddomita.

—Es probable, pero, en todo caso, usted no lo vería —respondió Riván—. ¿Quiere cumplir mi orden? Le doy cinco segundos solamente y no esperaré ni uno solo.

Hhud vio en los ojos de Riván la decisión de cumplir su palabra y cedió.

Su mano derecha conectó el interfono.

—Traigan a la prisionera —ordenó, lacónicamente.

—Sólo un guardia —añadió Riván.

—Bastará con un hombre solo —dijo Hhud.

—Al momento, señor.

Riván, sin perder de vista a Hhud, se acercó al aparato y lo lanzó al suelo, dándole después unos fuertes taconazos.

—Quiero tener la retirada segura —sonrió.

El bastón presionó de nuevo sobre el pecho de Hhud.

—Atrás —ordenó Riván.

Hhud se vio constreñido a obedecer. Los dos hombres quedaron junto a la puerta.

Pasaron algunos minutos. Alguien llamó al otro lado.

—¿Es que no pueden abrir ellos? —preguntó Riván.

—Esa puerta sólo se abre desde aquí —explicó

Hhud de mala gana.

El bastón se movió ligeramente.

—Vamos, abra —dijo Riván.

Hhud presionó un resorte situado junto al borde. La puerta empezó a girar.

A través del hueco, Riván divisó a Eldys, seguida de un guardia. Con veloces movimientos, agarró la mano de la muchacha, tiró de ella y luego pegó un puntapié a la puerta, cerrándola de nuevo, antes de que el sorprendido guardián pudiera reaccionar.

Riván giró en redondo. Aprovechando su momentánea distracción, Hhud saltaba hacia la mesa, en donde, seguramente, guardaba un arma.

El bastón volteó casi horizontalmente y golpeó con dureza las posaderas del shaddomita. Se oyó un terrible chillido y Hhud saltó a un lado, con ambas manos en el lugar afectado por el golpe.

Hhud miró al joven con ojos llenos de lágrimas a causa de la rabia y el dolor que sentía.

—Me vengaré —prometió.

Implacable, Riván empujó a Hhud hacia la puerta que conducía al lugar donde Eldys había estado encerrada hasta aquel momento.

—Eldys —dijo—, mira a ver si hay algún arma en esa mesa.

La muchacha obedeció y extrajo un tubo paralizante.

—Sí, Jack —contestó.

—Abajo, donde estabas, hay un interfono. ¿Sabes si hay otro medio de comunicación con el exterior?

—No, ese interfono está conectado solamente con

el despacho de Hhud.

—Me lo suponía —sonrió Riván—. En ciertos lugares conviene que los medios de comunicación sean mínimos y discretos. ¡Abra, Hhud! ¡Aquí, Eldys! —exclamó, imperativamente.

La muchacha corrió a su lado. En el momento en que giraba la puerta, disparó una descarga y el guardia que todavía se hallaba al otro lado se convirtió en una estatua instantáneamente.

—Entre, capitán.

Hhud obedeció. La mano izquierda del joven se apoyó en el borde de la puerta.

—Es un bastón corriente —dijo—. Pero también sirve para... lo que sirven los bastones.

Golpeó con fuerza el estómago de Hhud y lo tiró hacia atrás, haciéndolo rodar por las escaleras. Luego cerró de un portazo.

Acto seguido, se volvió hacia la muchacha.

—Estás libre —sonrió.

Eldys cerró los ojos, respiró con fuerza y dijo:

—Me parece un sueño, Jack.

Riván la empujó hacia la puerta.

—Puede que haya sido para ti una pesadilla, pero, en todo caso, creo que no ha concluido del todo.

—¿Por qué dices eso, Jack?

Riván no contestó. Estaba junto a la otra puerta y había abierto una rendija, a través de la cual oteaba el pasillo.

El centinela se hallaba vuelto de espaldas. No se enteró de nada, hasta que sintió dos fuertes manos que tiraban de él hacia atrás, haciéndolo volar por aires.

Aturdido, rodó por el suelo, sin saber muy bien qué le había ocurrido. Cuando quiso levantarse, un recio puño entró en contacto con su mandíbula, dejándolo sin sentido en el acto.

Riván y Eldys salieron al pasillo.

—Tenemos que escapar… —murmuró ella, pero el joven no la dejó continuar.

—Antes de salir del palacio, hemos de visitar a un primer ministro —dijo.

CAPÍTULO XII

Un robot ordenanza les introdujo en el despacho de Vyea, bastante mejor decorado que el de Hhud. La hermosa primer ministro estaba hablando con alguien en aquellos momentos, mediante un videófono, y les hizo señales de que aguardaran.

—Espero que me visen pronto ese pase, honorable Tiohr —decía la primer ministro en aquellos instantes.

—Tan pronto como usted lo haya redactado, por supuesto. Pero creo que no le conviene bajar al Intramar.

—Oh, pero si no… ¿Por qué no me conviene bajar al Intramar, honorable Tiohr? —se asombró Vyea.

—Bien, yo creí que usted quería… De todas formas, si insiste en hacer ese descenso… Pero quizá la profundidad afecte demasiado a su organismo…

—Tal vez, pero el pase no es para mí, sino para un buen amigo mío, reputado geógrafo. Se llama Dusty Guhs, honorable.

—Ya entiendo. Dispénseme por lo que le he dicho; no quería molestarla, querida colega.

—No se preocupe. ¿Cuándo tendré el visado?

—Redáctelo y nuestro colega Renoo y yo lo visaremos con mucho gusto. Sin embargo, Renoo está ausente por motivos de su cargo y no regresará hasta la tarde.

—No me corre prisa —sonrió Vyea—. Gracias, honorable.

Cerró la comunicación y se enfrentó con la pareja.

—¿Tu prima, Dusty? —inquirió.

—Sí. Se llama Sydle..., y también tiene mi apellido. Ella tiene interés en conocer el Intramar.

—Creía que estaba arrestada...

—Hhud la ha puesto en libertad, con sus excusas. No había motivos para el arresto.

—Entiendo. Te felicito, muchacha.

—Gracias, señora —contestó Eldys.

—Ya has oído, Dusty —dijo Vyea—. Puedo hacerte los pases, pero se necesita, además, el visado de dos primeros ministros.

Riván arqueó las cejas.

—No lo sabía —manifestó.

Vyea sonrió con amargura.

—Ya te dije que mi cargo era más bien decorativo —le recordó—. Yo tampoco lo sabía hasta hace unos momentos. Los pases que se dan para descender al Intramar son más bien escasos y, por cortesía, se lo consulté a Tiohr, segundo primer ministro. Entonces me enteré de la nueva disposición sobre visados.

—Comprendo. Oye, Vyea, parece que Tiohr no se sentía demasiado inclinado a que descendieras al Intramar. ¿De veras podría hacerte daño un viaje semejante?

—Es la primera noticia que tengo sobre el particular y, francamente, también a mí me intriga sobremanera. De todas formas, éste no es asunto que os afecte a vosotros; Tiohr sabe de sobra los malos recuerdos que guardo del Intramar.

—Sí, desde luego. Por lo visto, quería evitarte contratiempos.

—Así parece...

El videófono sonó de pronto. Vyea lo atendió unos instantes y luego dijo:

—Está bien, hágala pasar cuando salgan mis visitantes.

—Sí, señora.

—Es una amiga mía —explicó Vyea, sonriendo—. Su esposo murió con el mío, abajo, en el Intramar.

—Ah —murmuró Riván.

—Os espero a los dos esta noche en mi casa —se despidió Vyea.

* * *

El torpedo salió de palacio sin dificultad.

—Hhud y sus acólitos deben de estar todavía encerrados —calculó Eldys.

—¿Te han hecho padecer mucho? —preguntó él.

—Físicamente, no demasiado. Algunos golpes tan sólo; esperaban todo de las drogas que me propinaron.

—Las cuales, naturalmente, te hicieron hablar.

—Por lo visto, en Glowyr-G me acondicionaron contra una eventualidad semejante. El doctor Pohni vino a visitarme y protestó del trato que me daban. Hhud se irritó mucho con él.

—Pohni empieza a caerme simpático —rio el joven.

—Pero no le quedó otro remedio que colaborar. Hhud le enseñó una orden firmada por alguien con autoridad y Pohni dijo que tendría que estudiar mis reacciones, a fin de encontrar la droga que liberase

mis inhibiciones. Mientras tanto, me retenían encerrada.

—Estás un poco pálida, aunque, salvo la falta de color, no tienes mal aspecto.

—Gracias, Jack. Observo que eres muy amigo de la primer ministro —dijo Eldys.

—Sí, le he resultado agradable —admitió él con acento voluble—. Y si bien no pudo hacer nada en tu caso, en cambio, ya ves, nos ha conseguido los pases para visitar el Intramar.

—Allá abajo hay veinticuatro millones de soldados, Jack —advirtió la muchacha.

—No dejo de tenerlo presente un solo momento, Eldys —aseguró Riván.



Los ojos de Tiohr examinaron críticamente las dos tarjetas que tenía ante sí.

—¿Qué opinas, Renoo? —consultó.

—Son ellos, no cabe duda —respondió el aludido.

—Sí, los nombres son falsos...

—Sydle es Eldys, pronunciado al revés —terció Hhud, presente en la reunión.

Tiohr y Renoo cambiaron una mirada.

—Ya no cabe duda alguna —dijo el primero.

—Han embaucado a Vyea. No sé cómo lo han hecho, pero esa mujer se ha dejado engañar —refunfuñó Renoo.

—Irán a recoger los pases a la residencia de la primer ministro —exclamó Hhud—. Entonces será el

momento de...

Tiohr alzó una mano.

—Se me ha ocurrido una idea mejor —dijo.

Los otros dos le miraron inquisitivamente. Tiohr sonrió.

—El descenso al Intramar es relativamente fácil —añadió—. Volver a la superficie ya no lo es tanto.

Renoo soltó una cínica sonrisa.

—Verdad —concordó.

—Buena idea —elogió Hhud.

—Les dejaremos que lleguen abajo. Podríamos hacer que el ascensor bajase con demasiada rapidez, pero en estos momentos no conviene que se estropee ninguno de los que permiten el acceso al Intramar. Dentro de poco, los pondremos en funcionamiento.

—En tal caso, podríamos aguardarles a su llegada —sugirió Hhud—. ¿Qué ascensor es el designado?

—El seis —contestó Tiohr.

—Allí estaremos —decidió Renoo.

Tiohr se volvió hacia el oficial.

—Capitán, usted se preocupará de todo lo necesario para atrapar definitivamente a los espías —ordenó.

—Sí, señor. Respecto a la primer ministro Vyea...

—Olvídela, capitán —cortó Tiohr, con sequedad—. Puesto que ella no va a descender, es mejor que la dejemos al margen de este asunto. Más adelante ya me encargaré de darle una excusa convincente.

—Muy bien, señor.

Hhud se inclinó respetuosamente.

Confiaba en desquitarse de una vez. Habían sido

demasiadas derrotas sufridas a manos de aquel sujeto llegado a Shaddom-S de modo tan espectacular.

El primer bastonazo le dolía aún. Riván recibiría algo más que un simple bastonazo, se prometió a sí mismo.

* * *

—Los pases —dijo Vyea, en el momento de entregar a la pareja sendas tarjetas de color azul claro.

Riván miró fijamente a la hermosa mujer.

—¿Por qué no vienes tú? —preguntó.

—No... no me conviene —respondió Vyea, insegura.

—Tu esposo murió allá abajo. ¿Temes al recuerdo?

—Por favor —rogó la mujer, con voz crispada.

—Esta mañana, una amiga tuya, en tus mismas condiciones, ha estado a visitarte. Mientras te esperábamos, me he entretenido en rebuscar en tu videoteca, Vyea.

Ella arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir, Dusty? —preguntó, intrigada.

—He encontrado ciertos datos relativos a la expedición de la cual Uddan de Wybb era jefe. Estaba compuesta por treinta y tantas personas.

—Sí, eso creo.

—Los nombres de los componentes de la expedición figuraban en el rollo fonovisual que he consultado. Me he entretenido en interrogar por videófono a todas sus familias.

—Todos murieron allá abajo —contestó Vyea.

—¿No te gustaría visitar el lugar donde está enterrado tu esposo?

—Tiohr ha dicho que no me conviene...

—Esa es una opinión suya, sujeta, naturalmente, a la correspondiente contradicción.

El pecho de Vyea se mostró alterado de repente.

—Nunca me dieron demasiadas explicaciones de la forma en que murió mi esposo —declaró.

—Esta sería una buena ocasión para conocer todos los detalles, ¿no crees?

Vyea asintió.

—Iré con vosotros —dijo, resuelta.

Riván sonrió, mientras contemplaba las tarjetas.

—Aquí se dice que el acceso debe realizarse por el ascensor número seis. ¿Es que hay más de uno, Vyea? —preguntó.

—Veinte. En un principio, como es lógico, sólo había uno, después de terminada la primera perforación. Luego se han construido diecinueve más...

—¿Veinte ascensores para llegar a un sitio que, según las noticias, no tiene ninguna utilidad?

Vyea frunció el ceño.

—Se ha descubierto posteriormente —alegó.

—La inutilidad del Intramar pudo haberse descubierto, prácticamente, desde el primer día —afirmó Riván—. No cuesta diez años averiguar si unas tierras o un gran depósito de agua natural pueden o no resultar interesantes para la comunidad.

—Tienes razón —dijo Vyea—. Eso es algo en lo que no se me había ocurrido pensar hasta ahora.

—Razón de más para que nos acompañe, señora —intervino Eldys, silenciosa hasta entonces.

Vyea miró a la muchacha y sonrió.

—Dusty tendrá una compañera ideal —vaticinó—. Yo no puedo competir contigo…, pero tampoco lo lamento demasiado. Ya no estoy en edad de soñar.

Riván cortó aquella escena, que amenazaba con alcanzar tintes demasiado melancólicos.

—Creo que es hora ya de que nos dirijamos al ascensor número dieciséis —dijo.

—Es el seis…

Riván sonrió al interrumpir a Vyea.

—Bajaremos en el ascensor número dieciséis —dijo.

Y, mediante un lápiz de tinta negra y en caracteres shaddomitas, trazó un uno delante del seis señalado en los dos pases.

CAPÍTULO XIII

Un sujeto de rostro impasible manejaba el ascensor, cuya capacidad dejó estupefacto a Riván.

El aparato, cuyo arranque había sido moderado, aceleró gradualmente hasta alcanzar la velocidad de sesenta kilómetros a la hora. Puesto que la distancia que se debía recorrer era de unos catorce kilómetros, Riván calculó que tardarían poco más de quince minutos.

El ascensor tenía sección cuadrada y medía unos cien metros de lado. Su altura era de veinte metros, lo que se comprendía, ya que en ocasiones debía actuar como montacargas, a fin de transportar materiales de gran volumen y peso.

—Cien metros de lado... —murmuró Riván—. Suponiendo que cada hombre transportado ocupe un metro cuadrado, aquí pueden subir de golpe nada menos que diez mil hombres, sin el menor agobio de espacio.

En el exterior habían visto unas torres gigantescas, que sostenían los mecanismos que accionaban el ascensor en ambos sentidos. Aquel aparato podía funcionar transportando cargas de un peso inimaginable.

En cuanto a Vyea, no había habido obstáculos para el viaje, debido a su condición de séptimo primer ministro.

Los ojos de Riván estaban fijos en el indicador que marcaba las cotas a medida que el aparato se hundía

en las entrañas de la tierra. Las cifras de la numeración shaddomita desfilaban con velocidad vertiginosa.

El aparato refrenó su marcha cuando faltaban escasamente quinientos metros. Riván observó que el operador estaba armado.

Discretamente, maniobró para acercarse al individuo.

—¿Hay gente abajo, esperando nuestra llegada? —preguntó.

—Un control, compuesto por cuatro hombres de guardia permanente —respondió el operador.

—Y, supongo, vigilarán estrictamente a todo el que entra y sale.

—Por supuesto...

El indicador de profundidad marcaba ya la cifra diez negativas, correspondientes a los metros. El puño de Riván se disparó súbitamente.

—¡Dusty! —exclamó Vyea.

—No se preocupe, señora —dijo Eldys—, Jack sabe lo que se hace.

—¿Jack? Creí que se llamaba Dusty...

—Suele usar los dos nombres indistintamente, señora.

Riván se había apoderado ya del arma del operador. Casi en el mismo instante, el ascensor se detuvo y la puerta usada solamente para personas se deslizó a un lado.

Cuatro individuos armados aparecieron ante los ojos de Riván y sus acompañantes.

—¡Los pases! —exigió el jefe de control.

Riván tenía la mano derecha a la espalda. Súbitamente, enseñó la pistola.

—Aquí están —sonrió.

La sorpresa de los vigilantes fue total. Riván se echó a un lado y movió el arma.

—Adentro —ordenó.

Los soldados obedecieron sin replicar. Eldys había recibido ya instrucciones y, a medida que entraban en el ascensor, los convertía en estatuas mediante una descarga paralizante.

El operador sufrió análogo tratamiento. Las dos mujeres salieron fuera y Riván manejó en el acto el mecanismo de cierre, aunque no el de ascenso.

Luego, sus ojos se tendieron ante el paisaje que tenía frente a sí y contempló el más fantástico espectáculo que jamás hubiera soñado ver algún día.



Era una inmensa oquedad, tallada por la naturaleza a catorce kilómetros de profundidad, cuya bóveda estaba situada a una altura media de cuatrocientos o quinientos metros sobre el suelo. Gigantescas columnas de roca, de formas caprichosas y situadas a intervalos muy espaciados, aunque irregulares, sustentaban aquella bóveda, cuyos límites se perdían de vista en el subterráneo horizonte.

Miles y miles de lámparas de gran potencia y luz fría proporcionaban al lugar un resplandor muy semejante al del día en el exterior. Aquí y allá se veían las aguas del Intramar, formando pequeñas calas y

promontorios y hasta algunos islotes de cumbre picuda.

El mar interior parecía perderse también de vista, pero la superficie sólida no tenía menor extensión. En general, el suelo era relativamente llano, aunque con la lógica inclinación hasta las orillas.

Flotando en las aguas, se veían millares de astronaves que, en su día, saldrían a la superficie y atravesarían el espacio, transportando las tropas que invadirían Glowyr-G, pero ni la colosal caverna ni las astronaves eran todavía el mayor atractivo del lugar.

A pocos pasos del lugar en que se encontraban estaban ya las primeras filas de soldados, armados y equipados, pero rígidos e inmóviles como estatuas.

Aquí y allá se veían algunos sujetos, indudablemente técnicos, moviéndose en los puntos donde se construían las armas y los equipos. De pronto, la voz de Vyea rompió el silencio con trémolos de irritación:

—Dusty, te creí mi amigo —dijo—. De haber sabido que te comportarías de semejante forma, no habría pedido los pases para llegar al Intramar.

Riván no se inmutó. Volviéndose hacia ella, contestó:

—Te ruego unos minutos de paciencia. Si después de lo que vas a ver y oír sigues pensando todavía en un comportamiento inadecuado, permitiré todos los reproches.

—Está bien, pero no entiendo...

—¿De veras no lo entiendes? —sonrió Riván—. Mira, miles, cientos de miles de soldados... Por todas

partes se ven astronaves y soldados, dispuestos para la injusta invasión de Glowyr-G.

—Yo... no tengo nada que ver con ello —alegó Vyea.

—Te creo —dijo el joven—. Sospecho que todo esto no es sino la consecuencia de la megalomanía de algunos de los primeros ministros, por no decir de todos. Shaddom-S les parece poco para su ambición; por ello quieren conquistar a Glowyr-G. Y si esa invasión resulta..., hay más planetas en este sistema, ¿no crees? Eldys, tú opinas como yo, sospecho.

—Sí, Jack —confirmó la muchacha.

—Pero esos soldados están paralizados —dijo Vyea —. ¿Acaso los tienen en ese estado para ahorrarse su alimento durante mucho tiempo?

Riván sonrió enigmáticamente.

—Vyea, tú, como muchos otros, has notado la escasez de metales que se nota en Shaddom-S desde hace años —dijo—. ¿No se te ha ocurrido preguntarte por los motivos de tal escasez?

—No, nunca... Lo achaqué a defectos del departamento correspondiente —respondió la primer ministro.

—Otro detalle en el que debes reparar es en la falta de entrenamiento de los soldados del exterior. Resulta lógico, si se piensa que muy pocos de ellos actuarán en la invasión.

—Pero sigo sin entenderte, Jack... o Dusty, como quiera que te llames.

Delante de ellos había una tropa compuesta, tal vez, por cientos de miles de soldados, en perfecta

formación, cuyas columnas se perdían de vista. La primera hilera estaba compuesta, tal vez, por doscientos individuos.

—Debe de haber unos dos mil hombres por columna, de modo que, en total, este primer grupo está compuesto por cuatrocientos mil hom... No, no son soldados. Una vez oí hablar de ellos y dijeron guerreros, no soldados.

—La diferencia no es apreciable, Jack —alegó Vyea.

—Es un matiz muy poco diferenciable, en efecto —sonrió Riván—. Pero es que no son hombres..., ni lo que tenemos delante de nosotros es un ejército corriente. Es un ejército mecánico.

Vyea lanzó un grito de asombro.

—¡Todos son robots!

—Exactamente —corroboró Riván, con la sonrisa en los labios.

* * *

Eldys no se sentía menos asombrada que Vyea. Jamás se le había pasado por la mente la menor hipótesis acerca de aquel ejército de robots.

—Por eso no se quejaba nadie de la falta de noticias de los supuestos soldados movilizados para la invasión —dijo.

—Ciertamente —convino Riván—. Y eso es lo que me hizo sospechar desde hace algunos días. Pero la organización de este ejército estaba en marcha..., y si no iba a ser compuesto por hombres y el metal

escaseaba considerablemente en la superficie, la respuesta sólo podía ser una: la misma que tenemos ante nuestros ojos.

—Me han engañado miserablemente —se quejó Vyea.

—Temo que el engaño de que has sido objeto no se refiera solamente al ejército de robots —dijo Riván, sibilinamente.

—¿Cómo?

—Espera unos momentos —rogó él.

Eldys puso una mano en el brazo de Riván.

—Jack, yo me pregunto cómo haremos para destruir este fenomenal ejército —dijo—. Ahora que lo hemos descubierto, no podemos consentir que esos miserables consumen sus propósitos.

—Lo impediremos, muchacha —aseguró Riván.

—Sí. Pero, ¿cómo...?

Eldys no pudo continuar. De pronto, apareció frente a ellos un grupo de hombres que caminaban en columna de a dos, escoltados por cuatro soldados evidentemente humanos.

Vyea lanzó un grito desgarrador:

—¡Uddan! ¡Esposo mío!

Al oír aquella voz, uno de los prisioneros se detuvo y miró hacia el lugar donde había sonado la voz de mujer.

—¡Vyea! —gritó a su vez.

Y trató de echar a correr, pero uno de los guardias lo agarró brutalmente por un brazo y lo derribó por tierra.

—Dispara, Eldys —ordenó Riván.

Segundos más tarde, cuatro guardias quedaban convertidos en sendas estatuas. Uddan de Wybb se levantó y caminó hacia su esposa.

—Me parece un milagro —dijo.

—Uddan… Creí que… Me dijeron que estabas muerto…

—Me gustaría abrazarte —sonrió el hombre—, pero llevo puestas unas esposas electromagnéticas…

Riván registró los ropajes de los guardias inmovilizados. Doce prisioneros quedaron libres en el acto.

—¿Dónde están los demás? —preguntó a uno de ellos.

—En el sector de energía —respondió el interpelado.

Después de las primeras efusiones, Vyea se volvió hacia el terrestre.

—Tú sabías que mi esposo vivía —dijo.

—Sólo lo sospeché cuando Tiohr empezó a poner inconvenientes a tu viaje al Intramar —contestó Riván —. Luego lo comprobé en tu casa…

—Las explicaciones, más tarde —cortó Eldys, impaciente—. Ahora, lo que conviene es actuar con urgencia.

—Uddan, usted conoce el camino del sector de energía —dijo Riván.

—Sí, les guiaré con mucho gusto —respondió De Wybb.

—Pero antes… Por favor, aguarden un momento; quiero causar las primeras bajas al ejército de invasión.

Ante la expectación de los presentes, que no sospechaban sus intenciones, Riván se acercó a la primera hilera de robots y se situó frente a uno de los soldados mecánicos.

La alineación de las columnas era perfecta.

Riván sonrió.

—¿Han oído hablar alguna vez de la teoría de las fichas de dominó situadas en fila? —preguntó—. Si no lo han oído, ahora van a tener un ejemplo práctico.

Y asestó un fuerte empellón al robot que tenía frente a sí.

La máquina con figura humana perdió el equilibrio y golpeó a la que tenía detrás de sí, ésta a la siguiente y así sucesivamente.

—¡Vamos, ayúdenme! —gritó.

Diez o doce pares de manos repitieron numerosas veces el primer gesto de Riván. Los robots caían con tremendo estrépito y algunos, incluso, rebotando oblicuamente, golpeaban a los de las filas contiguas, con lo que el número de bajas aumentaba con vertiginosa rapidez.

Unos minutos después, cuatrocientos mil guerreros mecánicos yacían inutilizados en el suelo.

—Un gigantesco montón de chatarra —calificó Riván, como remate de la primera etapa de su tarea.

CAPÍTULO XIV

—Lo que nosotros teníamos el encargo de hacer eran prospecciones de todo tipo: geológicas, sobre adecuación del medio ambiente, potabilidad de las aguas, densidad de la atmósfera… En general, los resultados fueron notablemente satisfactorios. Las aguas del Intramar son dulces. Pero una vez terminada nuestra tarea, alguien nos pidió que continuásemos aquí algún tiempo más. Accedimos, aunque al cabo de un año, muchos de los miembros de nuestra expedición empezaron a dar muestras de impaciencia.

»Solicitamos volver a la superficie. Entonces, sin previo aviso, se les juzgó y condenó como traidores. La pena fue de permanencia perpetua en el Intramar —explicó el esposo de Vyea.

—Y arriba, en la superficie, dijeron que todos ustedes habían muerto —manifestó Riván—. Pero no comprendo cómo no les mataron realmente.

—Algunos de nuestros «jueces» podían admitir la condena de encierro perpetuo, pero no la de muerte —contestó De Wybb—. Y, por otra parte, les éramos necesarios.

Mientras Riván hablaba con De Wybb, y sin dejar de caminar rápidamente, sus ojos contemplaban el fenomenal espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Todo era nuevo para él, pero no cabía la menor duda de que las estructuras que estaban viendo eran astilleros donde se construían las espacionaves y fábricas en donde los robots eran, a su vez, construidos

por otros robots. Era una visión impresionante, que denotaba una organización perfecta y una abundancia de medios sin igual.

—A costa de sacrificar a la población de la superficie —exclamó de pronto, indignado.

—¿Cómo dices? —preguntó De Wybb.

—¿Eres partidario de la invasión de Glowyr-G, Uddan?

—¿Qué daño me han hecho a mí los glowyrianos, Jack?

—Una respuesta muy satisfactoria —dijo el joven, complacido—. Uddan, imagino que debe de haber una especie de puesto de mando central, desde el que, algún día, se impartirán órdenes a los robots.

—Sí, te lo enseñaré...

—Quizá sea mejor ir allí que al sector de energía. Pensaba destruir los generadores, pero ello podría provocar una gran catástrofe.

—Es casi seguro. Y si los desconectásemos, Intramar quedaría a oscuras y paralizados por completo los ascensores y demás maquinaria. De todas formas, el puesto de mando y el sector de energía están contiguos.

Las formaciones de robots parecían no tener fin. De cuando en cuando, Riván derribaba a uno, con el fin de hacer caer a todos los componentes de su columna, pero de haber querido destruir las máquinas por aquel procedimiento, hubieran necesitado un tiempo del que no disponían.

Además, pensó, no era seguro que no estuviesen construidos con la resistencia suficiente para aguantar

choques de escasa potencia. Lo mejor era alcanzar el puesto de mando.

Grandes bloques metálicos aparecieron ante sus ojos, formando una colosal hilera.

—Los generadores —señaló De Wybb.

—Accionados por combustible nuclear, me imagino.

—Justamente. Proporcionan gran cantidad de energía con un mínimo de combustible. Ah, ahí está el puesto de mando.

Una especie de torre de control, de unos cincuenta metros de altura, apareció súbitamente ante los ojos de Riván. Era una delgada columna cilíndrica, rematada por una gran caseta encristalada. El ascensor era exterior, adosado a la propia columna.

—¿Cómo piensas detener la invasión? —preguntó Eldys, que caminaba, como Vyea, junto a los dos hombres.

—Alguien me dirá el procedimiento...

En aquel instante, un ascensor bajaba de las alturas. Vyea lanzó un grito:

—¡Ese es el número seis!

La puerta se abrió. Tiohr, Renoo, Hhud y varios guardias salieron del aparato.

Los ojos de Hhud fueron los primeros en captar la situación. Un agudo grito de rabia brotó de sus labios:

—¡Ahí están! ¡Deténganlos inmediatamente!

* * *

Una docena de pistolas encañonaron al grupo.

Eldys y los demás, sorprendidos, alzaron las manos.

Vyea se indignó.

—¿Por qué han de detenerme a mí? Soy una primer ministro...

—Una traidora —la apostrofó Hhud brutalmente.

De Wybb se indignó.

—Usted sí que es un traidor, como los dos hombres que le acompañan. Nos han tenido encerrados aquí injustamente, sólo para que no divulgásemos sus planes...

—Y no lo harán —aseguró Tiohr, fríamente.

—Ahora mismo los vamos a juzgar. La sentencia se ejecutará inmediatamente —anunció Renoo.

Vyea, estremecida de horror, se apretujó contra su esposo. Los ojos de Hhud escudriñaron el grupo.

—Falta uno —exclamó de pronto—. ¿Dónde está ese maldito Riván?

—Aquí, amiguito.

La voz del terrestre resonó inesperadamente en las alturas.

Apenas oyó a Vyea que el ascensor que llegaba era el número seis, Riván había corrido hacia la escalera que conducía al pasillo elevado de servicio de uno de los generadores, por medio del cual se facilitaban las funciones de control del aparato. Hhud se volvió.

Riván estaba a cuatro metros del suelo. En el mismo instante, saltaba con tremendo ímpetu.

Los pies del joven alcanzaron primero la cara de Hhud y lo derribaron al suelo. Se oyó un siniestro chasquido cuando los huesos nasales penetraron profundamente en el cráneo. Hhud pataleó un poco,

pero en seguida se quedó quieto.

Riván se había convertido en un torbellino. Antes de que los asombrados guardias pudieran reaccionar, saltó sobre Tiohr, lo sujetó con un brazo por el cuello y apoyó algo en uno de sus costados, empleando para ello la otra mano libre.

—Es un paralizador —anunció—. Si no me obedeces, te convertiré primero en estatua y luego en un montón de cascotes.

Tiohr se aterró. La muerte de su esbirro le había deprimido.

—¿Qué... qué quieres?

—Ordena a los guardias que tiren las armas. ¡Ahora mismo!

El mandato fue cumplido sin dilación. Eldys respiró aliviada.

—Tiohr —dijo el joven a continuación—, vamos a la torre de control. Tú también, Renoo.

—Te acompañaré, Jack —se ofreció Eldys.

El ascensor les dejó en la cabina encristalada momentos después.

—Hay un medio de dar órdenes a todos los robots —dijo Riván—. ¿Cuál es?

Tiohr vaciló.

—¡No se lo digas! —chilló Renoo.

Riván disparó el pie derecho y Renoo se desplomó al suelo. El tubo paralizante, ahora en manos del terrestre, se apoyó en la nuca de Tiohr.

—Por última vez, habla.

Tiohr se rindió. Caminó con paso torpe hacia un gran pupitre de mando y presionó un par de teclas.

—He establecido conexión con todos los robots —anunció.

—Muy bien. Entonces, repite lo que te voy a decir: El plan de invasión ha sido cancelado. No habrá guerra con Glowyr-G.

Tiohr obedeció. Riván añadió otra orden:

—Tirad las armas y el equipo al suelo.

Un sordo fragor llegó momentos más tarde de todos los rincones del Intramar. Riván sonrió satisfecho.

—Y ahora, vosotros también, todos los robots... ¡Al suelo!

El estruendo se reprodujo. De súbito, Eldys lanzó un grito de advertencia:

—¡Cuidado, Jack!

Riván se volvió. Recobrado, Renoo se había puesto en pie y, loco de ira, cargaba contra él.

El joven reaccionó un poco tarde. Su lápiz paralizante cayó de la mano, a causa del golpe recibido. Renoo golpeó de nuevo.

Pero Riván no tardó en contratacar. Desde abajo, Vyea, su esposo y los demás contemplaban ansiosamente la escena.

De súbito, vieron a Riván conectar un tremendo puñetazo en la mandíbula de su antagonista. Renoo salió catapultado con indescriptible violencia, rompió una serie de cristales y cayó al vacío, volteando aparatosamente varias veces, antes de estrellarse contra el suelo.

Al mismo tiempo, Tiohr trataba de apoderarse del paralizador. Eldys actuó con mayor rapidez y lo

rechazó con un tremendo empellón.

Tiohr trastabilló. La descarga paralizante lo alcanzó de lleno cuando ya caía.

Se oyó un extraño ruido, como de miles de trocitos de vidrio que se rompiesen simultáneamente. Eldys miró consternado al joven.

—Jack, yo no quería...

Riván pasó una mano por encima de sus hombros.

—No tienes nada que reprocharte —dijo.

Abandonaron la torre de control y se reunieron con sus amigos.

—Es hora de volver a la superficie —propuso Vyea —. Tendré que enfrentarme con mis colegas.

—Cuando sepan lo sucedido, procurarán evitar muchas acusaciones nada gratas. Por fortuna, tres tipos, ya muertos, cargarán con todas las culpas —contestó Riván.

No lejos del lugar en que se hallaban, se divisaba un enorme agujero en la bóveda, de casi cuatrocientos metros de largo por doscientos de anchura. El final del agujero no se divisaba desde el suelo.

—Es la perforación que se realizaba para que las naves pudieran abandonar el Intramar —explicó De Wybb—. Faltan sólo unos centenares de metros para llegar a la superficie. Por razones de seguridad, la perforación se hacia en sentido inverso a lo habitual; es decir, de abajo a arriba.

—Entonces, creo que hemos actuado a tiempo —dijo Riván.

—Muy a tiempo —confirmó De Wybb.



Sugt y Lyda fueron puestos en libertad.

—Algunos de los primeros ministros han dimitido —anunció Vyea, días después—. Se elegirán otros nuevos y, naturalmente, esta vez se cubrirá el cargo de primer primer ministro.

Estaban en la residencia de los De Wybb, donde se celebraba una fiesta íntima. Vyea dijo de pronto que se encontraba frente a un problema que no sabía cómo resolver.

—Las astronaves construidas en el Intramar —dijo—. ¿Qué hacemos con ellas?

—Funcionan perfectamente, creo —dijo Riván.

—Sí —contestó De Wybb.

—Entonces, terminen la perforación y véndanlas. Muchos planetas adquirirán esas naves, convenientemente desarmadas y equipadas solamente para el transporte de pasajeros y mercancías. Shaddom-S puede obtener grandes ganancias de este modo.

—Es cierto —convino De Wybb animadamente—. No se me había ocurrido esa idea...

—Y apliquen las ganancias obtenidas en mejorar las condiciones de vida del pueblo shaddomita —aconsejó Riván—. Por culpa de unos megalómanos, han padecido durante demasiado tiempo; es hora ya de que empiecen a dejar de vivir sacrificadamente.

—¡Buena idea! —elogió De Wybb—. Lo propondré a mis colegas de gabinete ministerial..., si me eligen, claro está.

—Uddan piensa presentarse a las elecciones para primer primer ministro —dijo Vyea, radiante de felicidad.

—Será elegido, seguro —dijo Riván.

Vyea se le acercó.

—Nunca pensé que un glowyriano pudiera devolverme la felicidad perdida —dijo, conmovida.

—Jack no es...

Riván no dejó que Eldys continuara hablando.

—Te lo merecías. Vyea —dijo, sencillamente.

* * *

—Y ahora, una vez cumplida la misión, he de regresar a mi planeta —dijo la muchacha, horas más tarde.

—¿Cómo piensas viajar a Glowyr-G? —preguntó Riván.

Eldys sonrió sibilinamente.

—Hhud no destruyó todos mis aparatos —dijo.

Llevaba en la mano una especie de caja de control y manipuló en ella.

Algo surgió del suelo. Riván dio un salto.

—¡Demonios! ¡Es una...!

—Justamente, una teleportadora. —Eldys sonrió hechiceramente—. ¿Te gustaría venir conmigo a Glowyr-G? —propuso.

Riván dudó un instante.

—Ni siquiera sé todavía cómo llegué desde la Tierra a Shaddom-S —dijo.

—Es probable que la acción de la máquina que

Hhud estaba haciendo funcionar en aquellos momentos resultase interferida por la mía —opinó Eldys—. Una teleportadora, aun en inactividad, siempre emite ondas mínimas de fuerza, a fin de ser activada en cualquier momento si, como en mi caso, se tiene escondida a los ojos de personas inadecuadas.

—Creo que comprendo —sonrió Riván—. De modo que a tu planeta.

—Si no te desagrada acompañarme...

—Estoy lejos de mi planeta y ya no volveré allí jamás —contestó el terrestre, con un velo de melancolía en los ojos—. Pero creo que no lo pasaré mal a tu lado, Eldys.

Ella le abrazó cariñosamente.

—Procuraré hacerte feliz —aseguró.

Entraron en la cabina. Eldys empezó a manipular en los controles.

—Bien, allá vamos —exclamó, de pronto.

Hubo un chispazo, un rugido... y luego una larga serie de chasquidos y zumbidos. Los ruidos y los fogonazos cesaron súbitamente.

—Hemos llegado —dijo Eldys.

Y abrió la puerta.

—¿Esto es Glowyr-G? —preguntó Riván, todavía en el interior de la cabina.

Eldys miró a todas partes.

—Las cosas parecen haber cambiado mucho en mi planeta —observó, desconcertada.

Riván sonrió.

—Eldys, no estás en Glowyr-G —dijo.

La muchacha abrió los ojos desmesuradamente. De

pronto, creyó comprender.

—¡La teleportadora nos ha traído a la Tierra! —gritó.

En el mismo momento, se abría la puerta del laboratorio. Un hombre entró y contempló asombrado a la pareja.

—Menos mal —exclamó el doctor Warnoz—. Creía que no ibas a volver jamás, Jack. Por eso dejé mi máquina permanentemente conectada…

Lleno de curiosidad, contempló a la muchacha.

—¿Quién es, Jack? No será…

Riván se apresuró a interrumpir al imprudente Warnoz. En modo alguno quería que el nombre de Helga Hardson saliese a relucir.

—Se llama Eldys Rwir, pero pronto cambiará su apellido por el de Riván —dijo.

—Oh —murmuró Warnoz—. Felicidades a los dos. ¿Viene de muy lejos, muchacha?

—¡Pse! Sólo unas pocas decenas de años-luz —habló Riván, con acento intrascendente—. Eldys tiene mucho interés en conocer la Tierra.

—Así es —confirmó la aludida, sonriendo.

—Bueno, de todas formas, me alegro de que hayas vuelto, Jack. Y muy bien acompañado, por lo que veo. ¿Qué tal lo has pasado… por allá arriba?

—¿No lo ha visto por la UTV? —se extrañó el joven.

—Se me estropeó el maldito cacharro y hasta hace poco no he podido dar con la avería —gruñó Warnoz.

Riván se echó a reír.

—Ya le contaremos algún día, ¿verdad, Eldys?

—Sí, Jack.

El brazo de Riván rodeó posesivamente el talle de Eldys.

—Profesor, mi futura y yo queremos tomarnos una larga temporada de descanso. Luego, si necesita un par de ayudantes, vendremos aquí de nuevo —propuso.

—Aceptaré con gusto vuestra colaboración —sonrió Warnoz.

—Y quizá le pidamos más adelante que nos envíe a Glowyr-G; pero me parece que Eldys no tiene por ahora demasiada prisa en volver a su planeta.

—Ninguna, Jack —confirmó la muchacha, mirándole arrobada.

Riván la empujó hacia la puerta.

—Vamos, querida —dijo.

Warnoz se quedó solo. Contempló un momento su teleportadora y luego murmuró:

—Quizá me vaya yo con ellos cuando vuelvan a Glowyr-G. Será interesante conocer un mundo distinto del nuestro.

F I N